



UNA TUMBA EN MANHATTAN

Silver Kane

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



UNA TUMBA EN MANHATTAN

Silver Kane



PUNTO ROJO 947

Bruguera S. A. 1980

ISBN-13-978-84-613-5788-8

CAPÍTULO PRIMERO

LA VIOLACIÓN

—ADELANTE con ella, John...

—¡Que no escape!

—¡Cuidado, va hacia el camión!

—¡Dale!

—¡Maldita hija de zorra!

—¡Ya es tuya, Clay!

—¡Atízale!

¡Plac!

—¡Uuuuuuggggg!

—¡Oye cómo grita la condenada!

—¡Más va a gritar luego!

—¿Por qué? Si en el fondo le va a gustar... ¡Sucia golfa!

—¡Cuidado! ¡Trata de escapar otra vez!

—¡Dale más fuerte, Hans!

¡Blam!

—Aaaaaah.

—Oye, que no hace falta que la mates... ¡La necesitamos viva!

—¡Mi padre os hará pedazos cuando se entere, malditos! ¡Mi padre os...! ¡Crac!

—¡Imbécil, le has saltado los dientes!

—¿Y qué? ¿Es que va a necesitarlos?

—¡A tierra con ella!

—¡Tú por la cintura, Clay!

—¡Imbécil, sujétala bien!

—Mira, se ha puesto como si rezara.

—La muy imbécil nos pide piedad...

—¡Tumbala! —Fíjate cómo llora... ¿No te da risa?

—La muy condenada...

—¡Desnudadla mientras yo la sujeto, inútiles!

—De acuerdo, pero pronto...

—¡Yo primero!

—¡Toma, guarra!

—¡Aaaaaah!

—Caray, cómo chilla...

—Es que me parece que esto no se lo habían hecho nunca... ¡Eh, muchachos! ¡Esta perra estaba por estrenar!

—¡Entonces date prisa, leches!

—¡Aaaaaaagggg!

—Cuerno, qué modo de gritar...

—No te preocupes, aquí no va a oírnos nadie.

—¡Uuuuuufff!

—¿Qué tal?

—Fantástico, chico. Una diosa.

—Ahora yo.

—¡Sujétala bien!

—¡Aaaaaagggg...!

—Pero ¿todavía tiene fuerzas para gritar esta perra? ¡Dale lo
suyo!

—¿Y qué crees que estoy haciendo, idiota? ¡Oíd! ¡Qué tía!

—¡Corre, cerdo! ¡Me muero de impaciencia!

—¡Aaaaaagggg...!

—Vale ya.

—Ahora yo.

—Cuidado... A mí me ha mordido.

—Tranquilo. Ya no tiene fuerzas para nada. Y, si no, yo la
amansaré un poco.

Mira...

¡Plac!

—Oye, que se te va la mano. Qué guantazo...

—Eso le enseñará a estarse quieta.

—Venga, acelera. Puede venir alguien...

—Hemos sido unos idiotas. Podíamos haberla llevado al Bronx.

—Demasiado jaleo. Hay que atravesar media ciudad.

—¡Uuuuuuffff!

—¿Ya estás?

—¡Chicos, qué mujer!

—Hala, larguémonos de aquí.

—¿En su coche?

—No. Mejor en el nuestro. No quiero líos, si por cualquier causa
nos para la policía.

—Oye... ¿Y si fuera verdad lo que ha dicho?

—¿Verdad? ¿Qué?

—Que es hija de Mike Forman.

—¡Qué leches vas a serlo!

—Pero imagínalo...

—¿Lleva documentos?

—No. Ni siquiera en el coche.

—Pues entonces nos ha querido acoquinar. Olvida esa idiotez ¡Al cuerno!

—De acuerdo, de acuerdo... Pero imaginad por un momento que fuese cierto. Mike Forman tiene más verdugos a sueldo que policías hay en Manhattan. Lo menos que haría con nosotros es pasarnos por los rodillos de un camión de la basura... No podemos descuidarnos en un detalle así.

—Pues entonces, ¿qué sugieres?

Silencio.

Más silencio.

Respiraciones ansiosas.

—Hazlo tú, John.

—¿Con silenciador?

—Claro, idiota. Todo el cargador en la cabeza. Que no la reconozca nadie.

Luego quemamos el cuerpo del todo. Bien rociado con gasolina arderá como una tea. Incluso podríamos quemarla dentro de su coche.

—Demasiado espectacular. Lo verían desde el otro lado del puente.

—Entonces al otro lado del almacén. Allí no lo verá nadie.

—¡Vamos! ¿A qué perder más tiempo? ¡Aprisa!

—¡Si es hija de Mike Forman, su padre la dará por desaparecida! ¡No habrá Dios que la reconozca! ¡Arreando! ¡Dale de una vez!

—¡Canallas! ¡Hijos de mala madre! ¡No os atreveréis! ¡Nooooo! ¡Nooooo!

¡Flap! ¡Flap! ¡Flap! ¡Flap!

—Chico, qué carnicería...

—Ahora hay que arrastrarla detrás del almacén. Allí la rociaremos con gasolina. —Así...

—Vamos...

—Más aprisa...

—Por a...a...quí...

—Levantaaaaa...

Voces que se alejan.

Y luego silencio.

Silencio.

La calma interminable de la muerte.

El presidente Carter dijo:

—Pocas veces a un presidente de Estados Unidos le ha sido posible saludar personalmente a tantos hombres que han hecho tanto por el país, levantando su industria, solucionando conflictos, permitiendo el aumento de nuestras exportaciones y afianzando nuestra moneda en el área del dólar. Señores... yo les exhorto a seguir por el camino emprendido, que es el verdadero camino de la grandeza del país. Y ahora permitan que les estreche uno a uno la mano, con mi mejor deseo de amistad.

Fue pasando ante los reunidos, que formaban semicírculo en la gran sala oval de la Casa Blanca, en Washington.

Por las ventanas entraba la dulce luz de la tarde.

El presidente Carter conocía a muchos de aquellos hombres personalmente. En cuanto a los otros, sus nombres le habían sido facilitados por el jefe de protocolo. El hombre que dirigía los destinos del país más poderoso del mundo (aunque pronto podía dejar de serlo), estrechaba la mano que se le tendía y sonreía con esa sonrisa amplia, casi exagerada, que han difundido las antenas de televisión de todo el planeta.

—Señor Hodgson...

—Señor Barklay...

—Señor Bogart.

—Señor Forman.

Al estrechar la mano de aquel hombre corpulento, casi sesentón, medio paralítico, que necesitaba apoyarse en un bastón para poder tenerse en pie, el presidente Carter vaciló un momento. ¿Forman? ¿Mike Forman? ¿No había tenido actividades sucias en los sindicatos? ¿No controlaba parte de los conflictos en los grandes centros automovilísticos de Detroit? ¿No se le consideraba un mafioso? En ese caso, ¿por qué le habían invitado los servicios de protocolo a la Casa Blanca, junto con un grupo de honrados industriales y sindicalistas?

Pero nada alteró la sonrisa del presidente. El que en teoría era el hombre más poderoso del mundo, no podía permitirse el lujo de elegir a los hombres a los que saludaba. Quizá se preparaban graves problemas en las grandes fábricas, como la «Ford» y la «General Motors», y aquel hombre de tan dudosa fama tendría en su mano la posibilidad de resolverlos. El inquilino de la Casa Blanca puede necesitar a todo el mundo, y por lo tanto no lo está permitido el lujo de enfadarse claramente con nadie.

—Un saludo muy especial, señor Forman —dijo.

Cuando el acto se dio por terminado, Mike Forman, siempre andando dificultosamente con la ayuda de su bastón, fue hacia el parking privado de los invitados especiales a la Casa Blanca. Un

guardaespaldas mulato, que daba la sensación de haber podido ser campeón mundial de boxeo, le acogió en las escaleras y le llevó hasta el coche situado cerca, mientras el jefe arrastraba con dificultad los pies. El coche era un «Rolls» macizo, blindado, perfecto, con detalles de plata auténtica. Mueble bar, televisión, radio y teléfono eran algunos de sus «detalles» de confort. Un italiano astuto, pequeño y al parecer insignificante, pero que había sido campeón mundial de tiro con pistola, conducía aquella joya rodante.

Dentro estaba Glompos.

Glompos era uno de los hombres de absoluta confianza de Mike Forman.

Experto en Bancos, en industrias, en cambios internacionales de divisas., y en entierros clandestinos. Glompos podía cerrar una operación de medio millón de dólares convertibles en Kuwait y al cabo de cinco minutos elegir el mejor emplazamiento para que fuese sepultado en secreto un enemigo muerto. Siguiendo el clásico estilo siciliano, Glompos prefería enterrar a la gente en los cimientos de los edificios en construcción. Pero eso no le impedía dar en ellos, de vez en cuando, succulentas fiestas en las que a veces se hablaba de los «desaparecidos». Y Glompos decía entonces con una sonrisa

—Parece como si se hubiera escondido bajo tierra.

Ahora la cara de aquel hombre tan especial se había vuelto de color ceniza.

Tenía la boca torcida en una extraña mueca.

Forman entró dificultosamente en el «Rolls», apoyándose en su bastón hasta el último momento, y miró a Glompos en silencio. Algo muy grave tenía que haber pasado para que un hombre como aquél se hubiese trasladado de Nueva York a Washington, arriesgándose incluso a ser notado por los servicios especiales de la Casa Blanca, que le considerarían persona «non grata».

Pero ninguno de los dos pronunció una palabra. El tirador italiano arrancó. Sólo cuando el lujoso «Rolls» se deslizó hacia abajo por Pennsylvania Avenue, Mike Forman rompió el silencio para preguntar:

—¿Problemas en la «Chrysler»?

—No, no es eso.

—¿Nuestro último envío de armas a Beirut ha sido interceptado?

—Tampoco. En los dos últimos días los negocios no han creado problemas. Pero traigo algo muy especial para ti, Mike.

Y le mostró una cajita. Dentro de esa cajita había una cinta magnetofónica.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Forman.

—Del coche de tu hija Laura.

—¿Qué?

—Tu hija estaba grabando, cuando alguien interceptó su coche en una zona industrial y medio deshabitada del puerto de Hoboken. Las puertas del coche quedaron abiertas cuando ella fue sacada de allí y por eso la cinta grabó todo lo que pasaba a corta distancia. Luego nadie se ocupó más de eso. Nadie imaginó que la grabadora trabajaba. A primera hora de esta mañana unos hombres a los que yo había enviado a hacer un rastreo encontraron el «Ford Zephyr» de Laura antes que la policía. Me dieron la cinta y yo he tomado tu avión especial para venir enseguida a Washington.

También la cara de Mike Forman sé volvió de color ceniza. Pero no había la menor expresión en ella cuando preguntó:

—¿Qué hay en esa cinta?

—Mejor que lo oigas.

Y Glompos la encajó en la reproductora del «Rolls». El diálogo, los gritos y los sonidos que acompañaron a la violación y a la muerte se escucharon con tanta nitidez como si toda aquella escena miserable estuviese ocurriendo dentro del propio «Rolls».

Mike Forman no dijo nada.

Sus facciones parecían de piedra.

Sus ojos se habían entrecerrado hasta formar dos rendijas. Sus dos manos apretaban espasmódicamente la empuñadura del bastón, que era de oro macizo.

El coche iba hacia el aeropuerto nacional, situado a buena distancia del internacional. Las luces de Washington se iban encendiendo en torno a los cerezos del Potomac, que estaban en plena floración. Mike Forman despegó los labios por primera vez cuando parecía haber pasado ya un tiempo interminable.

Y su voz parecía la de una máquina.

—¿El cadáver? —preguntó.

—Calcinado.

—¿Cómo?

—Un pequeño montón de cenizas. Mejor dicho: un gran montón de cenizas.

—Cuando un cuerpo humano se quema, queda irreconocible y reducido de tamaño, pero... pero queda algo más que cenizas.

—Eso no es así... si alguien golpea además el cuerpo con barras de hierro, para que quede completamente trocado. Entonces el fuego lo destruye todo.

La voz de Glompos había sonado como un rezo en un funeral.

Mike Forman apretó los labios.

Había ahora en su cara —normalmente tan civilizada—una fuerza elemental, absoluta, brutal, salvaje.

—¿Quiénes? —preguntó.

Sabía que Glompos no le daría la noticia sin traerle ya alguna solución. Esa era la norma: enterarse y pegar. Nada de vacilaciones. A cada agresión había que responder con otra peor en el plazo de pocos minutos. Y aquí ya habían pasado horas.

—En la conversación aparecen tres nombres —dijo Glompos—. He hecho averiguaciones entre la gente. Hans, John y Clay.

—¿Identificados?

—Sí.

—¿Violadores callejeros?

—Sólo en cierto modo.

—¿Trabajan para alguien?

Glompos dijo:

—Custer.

Hubo un estremecimiento en las manos de Forman. Entrecerró otra vez los ojos. Luego musitó con una voz que no parecía la suya:

—Imagino que tengo listo mi avión privado.

—Sí. Desde luego.

—Vamos. Quiero estar en mi oficina dentro de dos horas. Y añadió con voz opaca, mirando al vacío:

—Hasta las ventanas del piso 28 va a llegar la sangre.

CAPÍTULO II

LOS QUIERO VIVOS

LA oficina era de altísimo *standing*. No en vano se cocinaban en ella todos los negocios legales de Mike Forman y no en vano era la tapadera ideal para los negocios ilegales que se extendían de lado a lado del mundo.

Había allí muebles ingleses del siglo XVII.

Cuadros de Modigliani.

Dos Picasso.

Un Dalí

Alfombras del Turkestán y, en el otro extremo del confort, sofisticados equipos de hi-fi, ascensores ultrasilenciosos y acondicionadores de aire que podían dar el clima deseado en unos minutos. Desde el gran despacho en forma circular, divisaba como en una pantalla de cinerama toda la bahía del Hudson.

Pero Mike Forman no miró nada de aquello.

Arrastrando su pierna, moviéndose casi como un paralítico, como un hombre acabado, avanzó hacia la mesa de su despacho y se dejó caer como un fardo en su sillón de piel *chester*.

Glompos aún seguía allí.

—Busca un jarrón de oro macizo —ordenó Forman—Muévete entre los anticuarios y entre los joyeros, pero encuéntralo para esta misma noche. No me importa el precio.

—¿Un jarrón de oro macizo? ¿Sabes que es muy extraño, Mike? Eso no lo tienen ni en el palacio de Buckingham.

—No me importa. Encuéntralo.

—¿Para qué lo quieres?

—Para las cenizas de mi hija. Ocupate de que las recojan como si fueran reliquias. Vamos... ¡muévete!

—Están recogidas ya, Mike.

Forman desvió los ojos.

Miraba de una forma estremecedora, miraba como hubiese podido mirar una serpiente.

—Ponte en movimiento —dijo.

Y marcó un número de teléfono.

Línea privada. Hay números que no están en la guía. El de Custer

era uno de ellos.

—Custer al aparato.

Su voz tranquila, un poco burlona.

Aquella voz que arrastraba las «eeeees».

Mike dijo solamente:

—Tienes tres hombres llamados Hans, John y Clay.

—Sí... Eeeestán en mi plantilla, trabajando como guardaceeespaldas. Bueeenos chicos. ¿Quéee pasa con ellos?

—Custer, tú sabes que somos competidores y que hemos estado a punto de declararnos la guerra varias veces. Sabes que he tenido mucha paciencia y que gracias a mí no han corrido ríos de sangre. Ahora voy a pedirte una cosa para eso mismo: para evitar que corran.

—Nunca te heee faltado, Mikeeee. Los negocios son los negocios, pero la amistad es la amistad. Entre coleeeegas como nosotros no tiene que haber probleeeemas. ¿Qué pasa?

—Esos tres hombres. Los quiero ahora.

—¿Para qué?

—Los quiero vivos.

Hubo una breve pausa. Custer conocía muy bien las razones por las cuales Forman podía querer vivo a un hombre, sobre todo a tres. Musitó:

—¿Quéeee hay con ellos?

—No lo preguntes. Los quiero y en paz. Es todo lo que te pido. Si no lo haces, correrá la sangre.

—Mieeeeerda, Mike.

Mike Forman se estremeció.

Era como si le hubiesen metido una inyección de veneno en la médula de los huesos.

Le pareció que la voz de Custer sonaba en otro planeta.

—Digo mieeeeerda porque no han hecho nada malo. Los tengo controlados. Nada malo, Mike. Si tú tienes otras informaciones, lo siento. Pero por un capricho que te ha salido de las peeeelotas, no te los doy.

Los dientes de Forman chirriaron.

—Es tu última oportunidad, Custer —dijo—. Tienes tres segundos.

—No han heeeecho nada.

—Dos segundos.

—Estás acabado, Mike. No trateeees de asustarme. Estás hecho una mierda. No te pueeedes mover. Das asco.

—Un segundo.

—Mieeeeerda.

Mike Forman colgó.

Tenía la cara color ceniza.

Vio que Glompos aún estaba allí. Glompos lo había escuchado todo por el teléfono secundario y grabado la conversación en cinta. Era su costumbre.

—Destrúyela —dijo Forman.

—¿No quiere que la policía tenga la menor prueba de nada?

—Eso es. Va a haber sangre.

—¿No te los entrega, Mike?

—Al contrario, me ha declarado la guerra. He tenido paciencia con él, le he consentido demasiadas cosas para evitar una batalla abierta, y ahora él se siente gallito. Ha debido pensar que uno de los dos sobra en Nueva York, y ha pensado que este es un buen momento para la guerra. Diez contra uno a que lo de Laura lo ha ordenado precisamente él para desencadenar la lucha.

Glompos susurró:

—Y no ha elegido mal momento, Mike.

—¿Por qué?

—Estás acabado.

Mike Forman echó bruscamente la cabeza hacia atrás. Rechinaron sus dientes. Con los ojos entrecerrados preguntó, como si hablase con un espíritu:

—¿Acabado?

—Leches, sí. Perdona que te sea sincero. La artrosis, esa parálisis parcial en una pierna... No es lo mismo de antes, Mike. Tú eras antes el rey de Nueva York, pero ahora la cosa va en declive. Has querido evitar la guerra sobre todo, y ahora las cosas se hacen de otra manera. Eres de la vieja escuela.

Forman dijo con voz chirriante:

—Precisamente porque soy de la vieja escuela.

—¿Quieres decir que...?

—Necesito la pista de esos hombres. De los tres.

—Déjalo de mi mano.

—Mike. Tú no puedes intervenir.

—¿Por qué?

—Por lo que te he dicho: estás acabado físicamente. No podrías ni tomar un taxi sin ayuda.

—Y tú estás acabado en otras cosas, Glompos. No tienes experiencia. Además las cosas de esa categoría las hace la familia o no las hace nadie.

—¿La familia? ¿Qué familia? Tu hija mayor ha muerto, Mike. Te estoy hablando por tu bien, date cuenta, leche, date cuenta... Tu hija mayor ha muerto, digo. Tu hija adoptiva, Nora, llega mañana a Nueva

York para formalizar su compromiso con el banquero Mulligan. Una chica educada en Italia y en un convento de monjas, ¿qué va a entender de eso? Y aquí tienes otra razón para que no intervengas personalmente, Mike. Nora va a ingresar en la *high society* de los banqueros y los soplapollas, no tiene idea de lo que tú haces realmente y no va a encontrarte masticando pedazos de carne humana por las esquinas, digo yo. Y por eso pienso que Custer lo sabía y ha elegido un momento que no lo hubiera podido elegir más bueno ni el propio Dios. Tienes que dejar que el asunto lo lleve otro. Confía en mí.

Forman apretó los puños lentamente.

—Tengo alguien mejor, Glompos.

—¿Quién?

—Mi cuñado Vincenzo, el que llamamos Vin.

—¿El siciliano?

—Sí.

—Nadie le ha visto la cara jamás.

—Eres idiota, Glompos. Lo has visto cien veces.

Y sacó el retrato que tenía enmarcado en un cajón de la mesa. En él estaba reproducido un hombre joven, de mirada quieta y obstinada, grandes cejas, boca firme, gorra hasta media frente y bigotes de apache. Era el tipo de matón siciliano que han reproducido cien veces las películas sobre la mafia. Pero si las películas lo han reproducido cien veces, es porque el tipo corresponde a la verdad.

—Cuando murió mi mujer —dijo Mike lentamente—, lo traje a Nueva York. Es inmigrante ilegal, por supuesto. No está fichado, no está empadronado, no existe. Por ello, por sus aficiones y por su experiencia, es el asesino ideal. Conste que sólo tú sabes eso, Glompos. Sólo tú, y si llega a saberlo alguien más te cortaré la lengua sobre la lápida de tu madre. Vin es el asesino ideal porque nadie seguirá jamás su pista, porque nadie sabrá jamás nada de él. Ni Custer ni nadie lo tiene fichado. Será como si yo hubiera sacado un asesino de otro planeta. Cuando Vin me dijo que quería venir desde Palermo, no lo pensé dos veces. Podría serme muy útil para el porvenir. Y aquí está.

Glompos hizo un gesto de desprecio.

—Nunca ha trabajado en nada —susurró—. Es un mantenido mamón. No imagino para qué demonios puede servir.

—Nunca ha trabajado en nada porque lo guardaba para algo importante. Y ahora el momento ha llegado.

—¿Y qué va a conocer él de Nueva York? Nunca ha salido del nido. Dos años sin salir de ahí, como quien dice. Ni siquiera yo sé dónde tiene el nidito ni lo que hace en él. ¿De qué se ha mantenido ese buitre?

—Del dinero que yo le paso —dijo tranquilamente Forman.

—¿Y qué hacía en Sicilia?

—Era matarife.

—¿De reses?

—No, claro que no. Matarife de hombres. Manejaba la *luppara*, la escopeta corta de caza, y ha volado docenas de cabezas en las vegas de Catania. Pero su especialidad es el cuchillo. Abre un hombre en canal de un tajo.

—¿Y qué entrenamiento tiene aquí?

—Durante dos meses dio clases de combate a cuchillo en los comandos especiales de West Point. Luego lo retiré, cuando le pidieron documentos. Me di cuenta de que había hecho mal, de que no tenía que haberlo exhibido. Antes de que averiguaran algo sobre sus nombres auténticos, lo retiré.

—Eso... ya es distinto —dijo Glompos con una pizca de respeto en su voz—. Clases a los comandos...

—Aquél fue un error mío, lo reconozco. Pero no ha quedado ni rastro de él. Ha desaparecido.

—¿Cuáles son sus aficiones?

—Mujeres, como buen siciliano.

—¿Muchas?

—Tres en cada sesión. No se contenta con menos.

Glompos abrió mucho los ojos.

—Pero el hermano de tu difunta mujer debe tener ya... cincuenta años —susurró asombrado.

—Cuarenta y cinco. Es la mejor edad para que un hombre pelee sabiendo lo que hace, sin arriesgar más de lo necesario.

Y añadió:

—Yo me encargaré de avisarle. Tú dame las pistas de esos hombres. Es tu trabajo.

Glompos musitó:

—Lo haré. Otra cosa.

—¿Qué?

—¿Encargo ataúdes? Es la costumbre. Nosotros somos buenos cristianos...

—¿Ataúdes para qué? —preguntó Forman con indiferencia—. Lo que quede cabrá en una cajita de fósforos...

CAPÍTULO III

UN COLLAR DE PIEL

HANS salió del Crazy, entre Madison y la Quinta. Iba un poco bebido, pero se sentía bien. Se sentía como nunca. Acababa de ver un espectáculo que valía la pena y se había puesto cachondo. Ahora lo único que necesitaba era terminar bien la noche.

Hizo una seña a Kitty.

Kitty era una de sus chicas.

Dulce.

Sumisa.

Nunca planteaba problemas a la hora de obedecer las órdenes que un hombre da en la cama.

—Eh, tú.

Kitty se ajustó la falda.

—¿Me buscabas, Hans?

—Pasaré la noche contigo.

—Como quieras. Voy a buscar mi abrigo.

Él le metió la mano debajo de la falda, comprobó una vez más la magnífica calidad de lo que había allí y ordenó:

—Tengo el coche en la puerta. Date prisa.

—Claro, Hans.

Los dos fueron a la puerta, un momento después.

En efecto, el coche, un magnífico «Buick», estaba allí, al otro lado a acera. No había más que cruzar la calle y perforar una capa de tinieblas de un par de metros antes de llegar a la carrocería reluciente. Iban a hacer aquel camino del brazo cuando uno de los porteros salió

—Por favor, Hans. Custer al teléfono. Dice que le ha buscado por todas partes.

—Pues como me dé trabajo esta noche me trinca... En fin, allá voy. Tú, Kitty, aquí tienes las llaves. Espérame en el coche.

—Claro, Hans —dijo ella guiñando un ojo.

Sabía que tenía que sentarse descuidadamente y enseñarle las piernas durante el camino. A él le gustaba eso.

Hans volvió a entrar y oyó en el auricular la voz inconfundible de Custer, el capo. Custer parecía preocupado. Le dijo sólo un par de docenas de palabras.

—Forhomo —siempre llamaba así a Forman, por el apellido italiano que tenía antes de nacionalizarse— te busca. Busca también a Clay y a John. Debes esconderte y no asomar la nariz por ningún sitio en un par de días. Vete a Coney Island a la casa de la señora Klug. Yo te llamaré allí cuando haga falta.

—¿Esta misma noche?

Custer colgó.

No quería ni discutir aquello.

Era como si le hubiese gritado: «Claro que sí, cabrito, esta misma noche».

Hans hizo un gesto de fastidio.

La pensión de la señora Klug era un sitio honrado y precisamente por eso no le buscarían allí. Precisamente por eso no podía llevar a Kitty.

Bueno, pero tampoco corría tanta prisa. Al diablo las órdenes.

Una noche es una noche.

Salió del club y cruzó la calle.

Buena chica.

Kitty en su asiento.

Como le gustaba a él.

Ojos cerrados, cabeza echada para atrás. Faldas arriba.

Hans se sentó a su lado y le dio una palmada en el muslo, tras encajar las llaves de contacto.

—Eh, tú, ni que te hubieses dormido. La chica ni se movió.

—Que no hay para tanto...

Le metió la mano entre las piernas, en una caricia procaz. Y la chica no reaccionó.

Como si tocara a una muerta.

Hans se estremeció.

Una mu...mu...

¡Una muerta!

Luego todo fue como una alucinación.

Bastó con rozarla para que la chica cayese a un lado, casi encima suyo.

Y entonces vio el fino estilete clavado en su nuca. Ni si quiera había brotado la sangre. El estilete estaba allí, ensartado como una joya.

Hans fue a volverse mientras llevaba la mano a la funda axilar. Pero entonces vio en el espejo retrovisor aquella cara. El tío estaba detrás.

Le miraba como un hipnotizado.

Hans apenas pudo decir:

—No es posible.

Cuando se dio cuenta, ya le habían soltado la serpiente de cascabel a la cara. La serpiente se le enroscó al cuello con una rapidez viscosa. Materialmente le mordió en la boca, no dejándole ni chillar.

Los ojos de Hans se desencajaron.

Maquinalmente sacó la pistola, pero no le quedaron fuerzas para tirar hacia atrás de la corredera y montarla. Las pistolas tienen ese inconveniente: hacen falta las dos manos para ponerlas en juego. Mientras tanto el ofidio, le hundió hasta el fondo los dientes otra vez, ahora en uno de los párpados.

Fue una caricia fétida y macabra.

El hombre que estaba detrás abrió entonces la portezuela y sacó la serpiente sin tener el menor reparo en tocarla. Sabía que ahora las glándulas venenosas estaban descargadas y que el sucio bicho no ofrecía peligro.

Lo arrojó a la acera como el que lanza un paquete de cigarrillos vacío.

En la zona oscura de la calle, tras el muro de sombras, nadie se dio cuenta de aquello.

Luego saltó del coche, abandonando el asiento posterior en el que había estado oculto hasta aquel momento.

Sus brazos tenían una fuerza hercúlea. Lo primero que hizo fue bajar el asiento delantero, como hacen los novios que quieren hacer el amor en el coche. De ese modo le fue fácil pasar a la parte posterior a Hans, que había perdido el sentido. Luego incorporó el respaldo y se sentó él ante el volante. Todo eso había ocurrido en menos de un minuto.

Nadie había notado nada.

Arrojó también la cesta que había contenido la serpiente.

Y arrancó con suavidad.

El portero del club no se dio cuenta de nada.

Sólo distinguió a la chica con la cabeza muy echada atrás y, pensando que era Hans el que conducía, le dijo con envidia, a media voz, sabiendo que el pandillero no podía oírle:

—Hijo de zorra, buena suerte. Haber si atrapas una blenorragia.

CAPÍTULO IV

EL DETECTIVE

LA terminal de la Air France en el Kennedy.

Buen sitio para llegar a Nueva York.

Y un sitio mejor aún si uno llega en primera clase desde París, bien apoltronado en un asiento al que riegan continuamente con champaña «Dom Pérignon», coñac «Napoleón» y vino de Sauternes. Hay gente que vive bien, qué diablos, y las primeras clases de los aviones están para eso.

Como la chica.

Como aquella diosa de veinte años.

Lo tenía todo.

Elegancia de modelo francesa.

Pureza de virgen italiana.

Gracia de maja española.

Curvas alemana.

Era perfecta.

Era la ONU del sexo.

Quizá por eso su llegada produjo tanta expectación. Quizá por eso el tío del control de pasaportes se quedó paralizado, sin saber qué hacer, con la boca abierta.

A poca distancia de allí, en el bar de la terminal, un hombre estaba con la boca abierta también, pero por otra razón, se había tragado tan de golpe el whisky doble que faltaba poco para que el estómago abrasado le saliese por las orejas. Pero se dominó, reunió para pagar aquel mejunje las pocas monedas que le quedaban y se prometió no volver jamás allí donde en las botellas irrellenables de «Wat 69» le metían a uno dinamita. Y es que los grandes aeropuertos internacionales también tienen eso. Luego aquel hombre se dirigió hacia la salida de la aduana, porque acababa de oír que los altavoces anunciaban la llegada del vuelo de Air France. Encendió un cigarrillo, puso las manos en los bolsillos de su gabardina más bien tronada y esperó.

Era uno de esos tipos en los que las mujeres se fijan. Pero él no se daba cuenta.

Bastantes líos tenía.

Su estatura pasaba del metro ochenta.

Tenía los hombros anchos y recios.

Los brazos largos.

Los puños como martillos.

Los ojos grises y helados.

La cartera vacía.

Bueno, eso era lo peor.

Tuvo que medio esconderse detrás de una columna, porque acababa de ver a un tío al que debía cincuenta dólares.

La camisa se le estaba desgastando por los codos. El trajera, algo arrugado, parecía del teniente Colombo.

Y, sin embargo, aquel hombre llevaba dos cosas perfectamente nuevas: su credencial de detective privado y su revólver «Magnum» de gran calibre con seis balas en el tambor. También llevaba, eso era un milagro, varias monedas para el teléfono.

Se acercó a uno de los que están en servicio, cerca de la aduana. Discó un número privado de los que tampoco están en la guía telefónica, porque la gente importante de verdad no tiene por qué mezclarse con los demás abonados de mierda. Le contestó una voz bien educada de chica en alza, de secretaria made in USA que sabe cuatro idiomas, preparar un *gin-fizz* a gusto del jefe y hacerle a éste cosas que normalmente no le hace en la cama su mujer. A cambio de tanta sabiduría, la chica se podría retirar a los cuarenta años bien forrada de dólares.

El hombre dijo:

—Soy Vance. Quisiera hablar con el señor Mulligan.

—Un momento, por favor. Precisamente estaba esperando su llamada.

Mulligan no sabía idiomas, no sabía preparar un *gin-fizz* y no sabía hacer cosas finas en la cama. Peor para la chica. Pero Vance dejó de pensar en ello cuando el banquero preguntó:

—¿Ha llegado ya?

—Está pasando el trámite de pasaportes. Yo la espero más allá de la aduana. La vigilaré paso a paso.

—Dese cuenta de que el trabajo es delicado, Vance. No debe notar su presencia.

—Por descontado. Ya lo sé.

—No necesito repetirle lo que espero de usted, Vance. Es usted un detective de mala muerte, pero me han dicho que para esas cosas sirve. Y espero que haya estudiado estos días línea por línea la biografía de Nora Forman.

—Claro que la he estudiado: nacida en Nápoles, hija, al parecer, de un mafioso muerto en un ajuste de cuentas. La nena debía tener apenas siete años cuando la vistieron de negro, le pusieron un cirio en

la mano y, hala, a enterrar al papi. Pero el papi debía trabajar para un pez gordo de lo Estados Unidos llamado Mike Forman, porque Mike Forma no permitió que saliese huérfana ni siquiera del cementerio. La ahijó, hizo trámites legales, le puso su apellido y por consiguiente la tomó bajo su protección. ¿Voy bien hasta aquí, Mulligan? ¿Necesito decirle además que ella no sabe lo que hace su padre? ¿Necesito decirle que ha sido educada en un colegio de monjas, con comunión diaria y todo lo demás? ¿Y que es la primera vez que visita los muy grandes, los muy importantes, los muy ricos, los muy cachondos Estado Unidos?

La voz de Mulligan susurró:

—Bien aprendida la lección, pero ésa es la parte pública de la historia. El propio Mike Forman puede haberla fabricado, como ha fabricado tantas otras cosas. Porque en este momento ni el propio presidente Carter sabe si ese hombre es un pandillero o un salvador de la patria. Lo que quiere saber es la historia auténtica: si la chica es virgen, si tiene virtudes, si no ha llegado a este país para servir de cebo a alguien. Es decir, si un hombre como yo no corre riesgos al casarse con ella.

Vance dijo:

—*Okay*.

Pero mientras decía *okay* con acento de mascar chicle, verdad es que estaba pensando. Y estaba pensando principalmente por qué, un banquero tan forrado como Mulligan quería casarse con una chica como Nora Forman.

Podía haber muchas razones para eso.

En primer lugar, Mike Forman se la había pasado por delante de las narices. Le había invitado a la vieja Italia para que la conociese. Los había hecho pasear juntos por Venecia, los había hecho subir a la cúpula de San Pedro, en Roma, y los había metido en barca por la Gruta Azul de Capri. Los motivos de Forman para desear el noviazgo estaban bien claros incluso para un detective muerto de hambre como Vance: la alianza de un mafioso respetable con un banquero respetable podía llevar a la niña a convertirse en algo así como la primera dama de los Estados Unidos. Y Mike Forman tendría el «barniz» de hombre de honor que necesitaba para seguir actuando.

Pero ¿y los motivos de Mulligan?

Vance apretó los labios mientras seguía pensando. Sabía muy bien que esos motivos tenían un solo nombre: sexo.

En primer lugar estaba la belleza de Nora. Seguro que el cabrito de Mulligan no había visto nunca nada igual.

En segundo lugar estaba su educación de chica piadosa a rajatabla. Sólo en los países antiguos como Italia se encuentran aún

chicas de veinte años que sean así. Las nenas yanquis, a la que te descuidas, le han dado tanto a la cocaína y que ya no saben que lo de entre las piernas sirve para algo mejor que para pasar el rato. En tercer lugar estaba tal vez —y eso Vance no podía ignorarlo— la enorme influencia de Mike Forman. Hay sitios a los que un banquero no puede llegar nunca y a los que un mafioso llega con gran facilidad. Mulligan debía haber pensado que el asunto podía ser bueno no sólo en la cama, sino también en los negocios y en la carrera política que pensaba empezar. Tener un padrino como Forman, no está al alcance de cualquier aspirante a que le nombren delegado por el Estado de Virginia.

La voz del banquero le sacó de su ensimismamiento.

—¿Sigue ahí, Vance?

—Sí. Perdone, señor Mulligan. Estaba observando.

—¿Ha llegado Norbert?

—¿Su secretario?

—Sí.

—¿Es un chorra que viste un abrigo negro que parece de diplomático y un sombrero que parece de pastor tirolés? ¿Uno que lleva un ramo de flores así de grande?

—Justo. Ese es.

—Pues entonces ha llegado.

—Sígalas. Y no pierda de vista a la chica hasta que se case conmigo. Si nos casamos, naturalmente.

—Oiga... ¿y cómo pruebo yo si es virgo?

—¡Váyase al infierno, Vance! ¡Nunca debí contratar a un detective de mala muerte como usted!

—Lo ha hecho porque resultó menos conocido y porque le salgo más barato, Mulligan. No nos engañemos. Basta con que me lance una bolsa de cacahuetes cada mañana, y usted lo sabe. Y ahora voy a lo que tenía que decirle: creo que debiera haberla recibido usted. Lo de enviarle al secretario es una descortesía.

—No es una descortesía, sino una prueba. Quiero ver si es realmente una chica humilde y sin pretensiones. Quiero ver si acepta las pequeñas humillaciones con naturalidad. Si es de las que creen que va a recibirlas el presidente del Congreso, ya no me interesa.

—Quiere usted muchas cosas, Mulligan: virgo, dinero, buena educación, belleza y encima humildad. Bueno, Mulligan, allá usted. Y ahora debo colgar. Ya llega, su secretario va a recibirla con el ramo de flores. Ciao. Oiga... ¡qué tía! Y la secretaria con la que he hablado antes, ¿cómo lleva las braguitas?

Antes de oír el aullido por teléfono, colgó.

Y prestó atención a la sencilla ceremonia.

El tío pijo con el ramo.

La chica que sonríe.

Enternecedor.

Sólo faltaba el fotógrafo. O quizá también la mamá de la nena, haciendo propaganda de lo virtuosa que era su hija.

El pijo tendió el ramo.

Lo sujetaba con las dos manos.

Vance pensó: Inefable. Tiene miedo de que se le caiga. Y entonces algo chirrió en su cerebro.

Fue un chispazo.

Un cochino chispazo negro.

Vance saltó de costado.

Tenía la agilidad de un tigre.

Sus dos brazos se tensaron como palancas.

El Magnum brilló en las manos.

El cañón pareció alzarse como la cola de un escorpión.

¡BANG!

La cabeza del pijo saltó.

Saltó el enorme ramo de flores.

Saltó también la pequeña pistola «Baretta», ya montada y con el seguro suelto que ocultaba entre las manos.

¡BANG!

CAPÍTULO V

MUERE, CARIÑO, MUERE

VANCE había disparado otra vez.

Era por si el pijo no tenía bastante con una bala. Esos pequeños detalles de enviarle una propina, el muerto siempre los agradece.

Pero el pijo no necesitaba nada más. La primera bala le había penetrado por la sien, y la segunda le destrozó la mandíbula.

El detective giró el enorme «Magnum».

Le dolía el estómago.

¿Miedo?

¿Hambre?

Eso, las pocas personas que había entonces en la sala, y que se habían arrojado a tierra instantáneamente, no lo supieron nunca. Pero a los dos tipos que también saltaron de costado mientras flexionaban las rodillas tampoco les importó.

Vance lo sabía.

Aquel asesino de la «Baretta», que trataría de cometer su crimen en un lugar público, no podía ir solo. Necesitaba a alguien que le cubriese la retirada por el laberinto del Kennedy. Y le bastó con ver el salto de aquellos dos pájaros, para saber que eran ellos los que habían de cubrirle.

Lo hicieron bien.

Sacaron sus revólveres «Python» con una velocidad que hubiese envidiado Clint Eastwood en sus mejores creaciones del Oeste.

Pero Vance tenía una ventaja.

El «Magnum» ya estaba en sus manos.

¡Leches!

¡BANG!

Uno de los dos tipos saltó hacia atrás como si lo hubiese empujado una locomotora. La cabeza se le abrió en dos. Partículas de su masa encefálica picotearon en la pared como una gangrena.

El otro pudo girar el arma.

¡Leches!

¡BANG!

El segundo plomo de Vance fue algo más bajo, ya que aquel tipo tenía la cabeza mucho más pequeña y quizá no podría alcanzarle allí.

El plomo le recorrió por debajo el brazo izquierdo y fue a empotrarse en su corazón, haciendo que todo el tronco girase unos grados velozmente. Aquí no brotó ni sangre. Durante unas décimas de segundo pareció como si no hubiese pasado nada.

Incluso aquel hombre pudo disparar, pero sus ojos ya estaban espantosamente blancos. Todos se dieron cuenta de que la bala iba al suelo. Más allá de la sala, en la aduana, se oyeron las voces y las maldiciones de los tíos de la bofia que ya corrían hacia allí con las armas a punto.

Vance no podía perder ni un segundo.

El policía yanqui no es tan remilgoso como el europeo. El país es duro y el poli yanqui es duro. Normalmente te mata, luego te pide la documentación, y si resulta que eres casado le da educadamente el pésame a tu viuda.

Viéndole allí, con el «Magnum» en la mano y con tres muertos como guardia de honor, los de la bofia le coserían a balazos. Por lo tanto remeti6 el arma entre la camisa y el pantal6n, dio un salto hacia la chica y grit6:

—¡Vamos!

Nora estaba completamente aturdida.

La sala entera daba vueltas en torno suyo.

Pero había al menos una cosa clara: habían tratado de matarla y aquel tipo le acababa de salvar la vida. Podía, de entrada, confiar en él. Y además tampoco tenía tiempo para pensarlo, eso era lo peor.

Salieron los dos por una puerta mientras los policías entraban por la otra.

La gente se estaba poniendo en pie. La confusión era espantosa y eso favorecía a los fugitivos, pero si Vance creía que sus preocupaciones más graves habían terminado se equivocaba de medio a medio. Porque había alguien más cubriendo en el exterior la retirada del asesino.

El detective se dio cuenta ahora.

Un negro enorme saltó también.

Llevaba en la derecha un cuchillo curvo y azulado.

Éste quería actuar en un relativo silencio, quizá porque aquello estaba lleno de gente y de carretillas para los equipajes. Vance le envió de un golpe una de aquellas carretillas a las piernas.

La carretilla estaba cargada hasta los topes.

¡BLAM!

El negro lanzó una maldición irreproducible.

Vance saltó también.

Movió furiosamente su puño derecho.

La cara del negro.

Las muelas del negro.

La madre del negro.

La madre de Vance.

Los dos habían tenido tiempo de darse recuerdos mutuamente, mientras sonaban los guantazos.

Pero el del puñal tenía una rodilla medio rota y no podía tenerse en pie. Salió despedido hacia atrás. Cayó desplomado sobre una puerta en la que se leía Lavatory. Y debajo la silueta de un tío, para que lo entiendan hasta los más burros cuando tengan una urgencia.

El negro no entendió nada.

Ni falta que le hacía.

El trompazo fue tremendo.

Derribó la puerta.

Pasó al interior.

Y entonces Vance lo vio.

Era el pijo de verdad.

El auténtico secretario de Mulligan.

Estaba tendido en el suelo, sobre un discreto baño de sangre. Seguro que lo habían apuñalado por la espalda, cuando el pobre pájaro estaba vaciando la vejiga. Llevaba el abrigo negro de diplomático y el sombrero de pastor tirolés, pero el ramo de flores no. El ramo de flores era lo que necesitaba el que le suplantó para acercarse a la chica sin que ésta viese la «Baretta».

Todo claro.

Cochinamente claro.

Todo había sido preparado con tiempo.

Pero Vance no pudo seguir pensando en eso.

Tiró de la chica.

El camino estaba libre.

—¡Vamos!

Todo era como una pesadilla.

Vance y la chica veían y oían de una forma confusa.

La gente que se aparta.

Los gritos.

Vance que chilla con toda la cara:

—¡Dejen paso! ¡FBI!

La gente que se lo traga.

La puerta de cristales.

El «Cadillac» *coupé de ville* resplandeciente, hecho una bombonera, lleno de espejos y de equipos de hi-fi, de bares, de teléfonos, uno de esos cochazos que no llevan kleenex, sino cheques en blanco, para que uno le limpie los morros a la chica de turno.

Vance lo comprendió enseguida.

Tenía que ser el de Mulligan.

El chófer hizo un gesto de sorpresa al ver a la chica. Sin duda le habían enseñado su foto.

Vance preguntó:

—¿Mulligan?

—Sí.

—Pues baje el taxímetro, amigo.

—¿Qué pasa?

—¡Arreando, leches! ¡Han tratado de matarla! ¡La van a matar si usted se entretiene dos segundos más! ¡Aprisa!

El chófer demostró que era un buen profesional. Ni diez segundos ni nada. Salió de allí como un cohete. La verdad es que el «Cadillac» también demostró ser un buen coche. Antes de que nadie pudiera darse cuenta ya estaba en la autopista que conduce al Midtown Tunnel, mientras a lo lejos aullaban de una forma casi fantasmal las sirenas de la policía.

—Vire por donde pueda hacia el puente de Queensboro —dijo Vance al conductor—. Por allí será más fácil que pierdan nuestra pista.

—Pero... ¿pero qué está ocurriendo aquí?

No era el chófer el que lo había preguntado. Era la muchacha. Con los ojos muy abiertos, casi aterrada, miraba en torno suyo sin saber si se había vuelto loca o estaban locos todos los que vivían en aquella maldita ciudad, una ciudad en la que aún lo desconocía casi todo.

Vance susurró:

—Más tarde quizá tenga ocasión de explicártelo, hermana.

Había hablado en un italiano muy fluido, y eso conquistó inmediatamente la confianza de Nora Forman. Una palabra que cale en nosotros puede cambiar en cuestión de segundos cualquier situación. Mientras le miraba fijamente, la chica musitó:

—¿Cuándo estuviste en Italia?

—Uf... Hace años.

—¿Qué hacías allí?

—Un sucio trabajo.

—¿Un sucio trabajo de qué clase?

—Era agente de la CIA.

—¿Y ahora no lo eres?

—No.

—¿Por qué?

—Sencillo: la gran patada.

—¿Quieres decir que te echaron?

—Ujú.

—¿Por qué?

—Me negué a obedecer una orden.

—¿Qué orden?

—Matar a un agente enemigo. Pero ese agente enemigo era casualmente el único amigo que yo tenía. Un gran hombre; pero en aquel mundo fétido en el que yo me movía no existían hombres. Sólo existían fichas y números.

—O sea que te quedaste en la calle.

—Sí. Junto a una cloaca. Al borde de una cloaca.

—Y ahora ¿qué haces?

—He dado un paso al frente.

—¿Quieres decir que... estás en el fondo de la ciénaga?

—Más o menos. El propio gobierno se encargó de que nadie me diese trabajo, y por eso voy vegetando de un lado para otro. Soy caca pura.

—Y aparte de caca pura, ¿qué más eres?

—Detective privado. Me encargaron un trabajo con relación a ti.

—¿Protegerme?

Vance no contestó, pero hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza. Con aquello daba por buena la suposición de la muchacha, pero en realidad estaba mintiendo.

No podía decirle que su cliente era Mulligan. No podía decirle que Mulligan le había encargado vigilarla y averiguar si era tan virtuosa como parecía. No podía decirle tampoco que Mulligan, como un marido siciliano cualquiera, necesitaba una garantía de su virginidad. No podía decirle que sólo por un azar se habían conocido, ya que en realidad su misión consistía en observar sus costumbres sin que ella lo notase.

Pero Nora quedó convencida de que sí, de que él tenía por misión protegerla.

—¿Te ha contratado mi padre? —preguntó.

Como aquello podía originar líos (porque Forman desconocía el encargo de Mulligan) Vance susurró:

—Mejor que no hables de eso con él. Son cosas que no deben comentarse nunca, ni siquiera en privado. Tu padre, que es un hombre rico y poderoso, tiene lógicamente muchos enemigos.

—No sabía nada de eso...

—Este es un país muy complicado, Nora, aunque pienso que en eso todos los países se parecen. Los que están abajo quieren tumbar al que está arriba. Ocurre siempre.

Con ello Vance daba a la chica una explicación vaga y poco comprometedora de lo que había ocurrido, pero ella insistió:

—¿Han querido matarme porque soy la ahijada de Mike Forhomo, que aquí se llama Mike Forman?

—Es posible. Todavía no lo sé, pero confío en saberlo pronto. De momento estás viva, y eso es lo único importante.

Procuraba no mirarla. Procuraba no darse cuenta del hechizo que se desprendía de aquella mujer. Al fin y al cabo había llegado a Nueva York para meterse en la muy rica, muy confortable y muy respetable cama de Mulligan. Mejor olvidarse de ella, mejor pensar que ella era sólo un pretexto para cobrarle al banquero una factura suculenta.

Y tan suculenta que se la iba a cobrar. No resulta barato matar a tres hombres y dejar a otro K.O. y con la rodilla rota.

Habían cruzado ya el puente de Queensboro y entraban en Manhattan. Como supuso Vance, la policía había perdido la pista en los límites de Queens. El peligro más inmediato estaba en que alguien hubiese tomado la matrícula del lujoso «cadillac» de Mulligan, aunque éste siempre podría demostrar que se lo habían robado. Para un banquero, esas cosas son muy fáciles.

El chófer preguntó:

—¿Ahora adónde?

—Eso tú lo sabrás, amigo. ¿Qué órdenes te dio Mulligan?

—Llevarla al hotel Pier.

—Leches, es el más caro de Nueva York.

—La prometida del señor Mulligan no puede vivir en otro sitio.

—Pero ¿por qué no ha venido a recibirme mi padre? preguntó ella—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé —dijo Vance (y era verdad que no lo sabía)—. En todo caso, inmediatamente se pondrá en contacto contigo. Habrá tenido algún pequeño problema, supongo.

Estaban llegando al Pier, en la parte más selecta de la Quinta Avenida. Pero apenas se había detenido el coche, cuando uno de los porteros pomposamente uniformados, salió a su encuentro. Inclinandose sobre el conductor, preguntó respetuosamente como si estuviese hablando con el chófer del Papa:

—¿Lleva a la señorita Forman?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—El señor Forman sabía que se dirigía a este hotel y nos ha pasado un recado urgente. Deben dirigirse al número 208 de Madison Avenue. Allí les estará esperando.

Nora susurró:

—Lógico. Ya me extrañaba que mi padre no hiciese nada por verme.

El chófer desparcó aquella especie de submarino atómico, descendió por la Sexta y luego dobló para alcanzar Madison a cierta distancia del edificio de la Pan-Am. Junto a la lujosa casa que le habían señalado, aguardaban dos hombres.

Vance acarició por si acaso la culata de su «Magnum».

Pero nada. Aquellos tipos tenían aspecto de seminaristas y seguramente lo eran. Con mucha educación, pidieron a Nora que subiese con ellos.

Vance musitó:

—Yo la acompañaré.

—No, señor.

—Mierda para los dos.

Los tíos se rajaron al verle la cara.

—Bueno..., puede subir —accedió uno de ellos—. Pero sólo hasta dónde diga el señor Forman.

—Cuando vea al señor Forman lo decidiré —gruñó Vance—. Mi amigo me lo está pidiendo.

Y señaló la culata del «Magnum». Los dos tíos le dejaron paso. Fue detrás de la nena bonita, cuyas caderas y cuya fantástica retaguardia se movía cadenciosamente.

Una batería de ascensores se alineaba al fondo del lujoso vestíbulo. Dos hombres más, montaban guardia allí, exhibiendo bajo las chaquetas unos bultos que parecían los de los cañones de un acorazado.

Forman hacía las cosas bien.

Pero ¿por qué tenía que hacerlas tan bien?

¿Qué había ocurrido?

Vance adivinó que tenía que ser grave cuando vio la cara de Forman. Pero aún no podía saber de qué se trataba. Acababan de llegar al piso treinta.

Lujo por todas partes.

Legítimos mármoles de Carrara.

Puertas de bronce.

Tapices de Malinas, incluso en el vestíbulo.

La monda.

Y la cara de Mike Forman.

Una cara de piedra.

Nora cayó en sus brazos.

¿Lo quería? ¿Se puede querer a alguien a quien no se ha visto apenas? ¿Se puede amar como a un padre a un hombre del que ignora casi todo? Tal vez sí, cuando ese hombre la ha salvado a una de los celos de Sicilia o de la suciedad de Nápoles. Tal vez sí, cuando ese

hombre la ha hecho viajar en primera de Air France, para convertirla en una de las mujeres más ricas de Manhattan.

Vance se evaporó.

Ahora la muchacha estaba a salvo y él nada tenía que hacer allí. Su única obligación de momento era no encontrarse cara a cara con ningún poli y luego informar a Mulligan.

Nora ni se dio cuenta de que se iba. Sólo miraba a su padre. Con voz velada preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no has venido a recibirme?

Mike Forman dijo sencillamente:

—Pasa.

Y Nora pasó.

No sabía aún que estaba entrando en una tumba, en la tumba más lujosa de Manhattan.

Peor para ella.

CAPÍTULO VI

MIS SALUDOS PARA EL INFIERNO

LA muchacha quedó asombrada ante tanto lujo, ante tanta riqueza y ante tanto arte acumulados allí. Sabía que el hombre que la había ahijado era rico, pero no imaginaba que lo fuese tanto. Y además había oído decir que este era sólo uno de los grandes apartamentos que Forman poseía en Manhattan.

Pero no entendía nada.

¿Por qué aquel especial olor a incienso?

¿Por qué aquella música de funeral?

¿Por qué las sombras que lo llenaban todo?

¿Por qué los crespones negros?

Los italianos son aficionados y al propio tiempo respetuosos con los ritos de la muerte, y Mike Forman —aunque muy americanizado— nunca olvidaría que había nacido en Italia. Y la muerte era lo que se respiraba allí, una muerte artística, casi suntuosa, en torno al jarrón de oro macizo colocado en un ángulo sobre un pedestal de mármol.

La música de órgano cesó al entrar Nora Forman.

Los equipos de hi-fi la habían difundido por todas partes, con la limpieza con la que se oye la música en las catedrales. Pero ahora el silencio fue tan sobrecogedor, tan intenso, que la perfecta escultura que era Nora Forman quedó como paralizada en el centro de aquella habitación inmensa. Un estremecimiento la recorrió. La simple visión de aquel jarrón de oro macizo le dio la intuición, la certeza de que estaba ante la muerte.

Forman susurró:

—Llegas en mal momento, Nora.

—¿Por qué?

—Tu hermana Laura...

—¿Qué..., qué pasa con mi hermana Laura?

Forman dijo alzando un poco las manos, como si rezase:

—Escucha...

* * *

Vance se detuvo ante la dirección que le había dado Mulligan.

No estaba en Manhattan.

Era una casa nueva en Jamaica Bay, una casa de narices, con su porche blanco, sus ventanas viejo estilo colonial inglés, su ancla histórica en el pequeño jardín, su ruido de mar día y noche, su chica desnuda en la puerta.

Fue precisamente la chica la que primero vio a Vance, cuando éste descendía de su viejo «Dodge» que casi iba con el tanque de gasolina a cero y que pronto necesitaría ser movido a pedales. Fue la chica de apenas diecisiete años, la que mostrándole toda la desnudez de sus formas opulentas le arrojó un puñado de arena y le gritó:

—Holaaa...

Vance contestó con expresión más bien lúgubre.

Mulligan debía haber oído el ruido desde dentro. La puerta se abrió y apareció el banquero.

También iba en pelotas.

Pero la educación es la educación.

Él, al menos, se había puesto una toalla para que le cubriese lo de más abajo de la cintura.

Saludó muy amablemente a Vance.

—Cabrón —le dijo.

Vance dio la vuelta al coche, sostuvo una rueda con el pie y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Oiga, le dije que viniera después de las siete.

—Sí, ya veo que le he chafado el plan.

—Usted a mí no me chafa nada.

—La nena tenía que largarse antes de esa hora, ¿verdad?

—La nena se larga cuando yo le diga.

—No tan fácil.

—¿Por qué?

—Está borracha —dijo Vance, después de mirarla de soslayo—. Pasa muchas veces con esas aficionadas que necesitan animarse porque, en el fondo, odian lo que están haciendo. Le dan al bourbon más meneo que a las caderas. Un hombre como usted debería seleccionar mejor sus amistades.

—Yo hago con mis amistades lo que me da la gana. Y pobre de usted si dice una sola palabra a Nora Forman. Lo hundiría de tal modo que no podría usted trabajar en veinte años en el Estado de Nueva York.

—Es difícil hundirse más de lo que estoy, Mulligan. Tampoco me da nadie trabajo en el estado de Nueva York, de modo que por mí no se preocupe.

—No me preocupo.

—En cuanto a Nora, no me interesa en absoluto decirle lo que hace usted. Lo que me interesa es lo que tal vez haga yo.

—¿Y qué es lo que tal vez haga?

—Tirármela.

Mulligan palideció.

—Entre —dijo.

—Le advierto que yo no me emborracho con el bourbon.

—Lo imaginaba.

—Ni meneo las caderas.

—Eso dependerá de lo que le paguen —dijo brutalmente Mulligan.

Pero el detective no se ofendió.

—Hombre... Tal vez —dijo—. Hágame una oferta generosa y lo pensaré.

Y entró.

Buena pajarera aquélla.

Era un picadero de lujo. Claro que, según y cómo, bastaba con cambiar ciertos detalles para que la casa adquiriera el aspecto honesto de un retiro junto al mar, donde el importante banquero Mulligan iba a resolver a solas, los delicados problemas del crédito industrial y del bajón que estaba dando el Producto Nacional Bruto. Vance se dio cuenta de que algunos de los cuadros tenían dos caras intercambiables. En una se veía al presidente Nixon saludando a Mulligan cuando los dos eran más jóvenes, y en otra una tía buena poniéndose unas medias negras.

—La tía para mí, el presidente para usted —dijo rápidamente Vance.

—El presidente ya no es presidente y la tía era una modelo que murió el año pasado. ¿Qué quiere beber?

—Chivas 12, tirando por lo bajo.

—Eso es miseria pura. Sólo tengo Chivas 20.

—No esperaba menos de usted, Mulligan. Sírvame un vaso y ya se lo iré pagando a crédito.

El banquero se lo sirvió. Luego preguntó con voz opaca, descartándose ya del todo y mirándole cómo se miraría un cubo de basura.

—¿A qué has venido, hijo de perra?

—Siento haber adelantado la hora y haberle asustado a la pájara —dijo Vance sin inmutarse— pero han ocurrido cosas graves. En primer lugar mataron a su secretario o lo que sea, es decir al pijo que envió con un ramo de flores para recibir a Nora Forman. Lo trincaron en un urinario, lo dejaron espatarrado y ocuparon su puesto para poder acercarse impunemente a la chica y trincarla también. Nada

más fácil, puesto que ella no conocía al hombre. El mejunje había sido cocinado con tiempo, porque el que suplantó al secretario iba vestido exactamente de la misma manera, por si alguien estaba al tanto de los detalles.

Mulligan quedó blanco. El alto vaso que sostenía estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Nora... muerta? —balbuceó.

—No, no está muerta. Ni siquiera ha sufrido un arañazo. Tampoco creo que le haya metido mano entre los muslos nadie. Los que están muertos son los tíos que querían trincarla. Tampoco les he metido mano entre los muslos, eso lo confieso.

—¿Los ha... ha matado usted?

De pronto Mulligan había pasado a tratarle con respeto.

—He tenido suerte. Uno tenía la cabeza muy grande y le he dado en la cabeza. Otro debía tener un corazón de oro y le he dado en el corazón. Al del ramo de flores creo que le he dado en la sien porque me la estaba poniendo delante del cañón. Pobre tío.

Mulligan se derrumbó en una butaca.

Necesitó beberse todo el vaso de whisky.

Y de pronto apareció a los ojos de Vance como lo que realmente era. Como un hijo de padre rico, acostumbrado a que se las pusieran todas bien, pero incapaz de resolver un problema duro por sí mismo. Le temblaba hasta el ombligo.

Con un hilo de voz preguntó:

—¿Matar a Nora? Pero es absurdo... Ella no tiene enemigos aquí, y yo no los tengo tampoco hasta tal extremo. Entonces... ¿por qué?

—He pensado que debe ser por el papi —dijo Vance.

—¿Mike Forman?

—Sí.

—Si ese bandido lleva entre manos algún asunto sucio, le diré que se meta a su hija donde le quepa.

—No la quiere usted mucho, Mulligan.

—Un hombre de mi posición ha de tener en cuenta otras cosas, aparte del cariño.

—Lo entiendo muy bien. Usted paga y usted decide qué cosas son importantes y qué cosas no. Me es igual. Pero lo cierto es que Mike Forman tiene que estar metido en un lío muy gordo, tan gordo que alguien lo quiere atacar en lo más sensible. Puede haber una guerra que llene de sangre Manhattan.

—Entonces le exijo dos cosas, Vance.

—Perfecto. Ya está usted sacando la cabeza por la ventanilla de su banco. Le escucho. Diga.

—En primer lugar, necesito saber de qué se trata.

—Es una parte de mi cochino oficio. Cuente con ello, Mulligan. Lo averiguaré.

—En segundo lugar, yo estoy al margen de todo lo que suceda. La mierda no me gusta. No quiero ni salpicaduras, ¿entiende? Nada.

—Lo cual significa que puede no querer a Nora.

—Exacto. Lo cual significa que Nora puede ser mierda también. Y que puedo no quererla, usted lo ha dicho.

—Perfecto, Mulligan, pero yo también impongo una condición.

—¿Cuál?

—No la ofenda. Ella ha venido a este país creyendo que le espera la bienaventuranza. Ella confía en su padre y confía en usted. No me deshaga en pedazos una chica que acaba de salir entera de un colegio de monjas.

—Usted no puede exigirme nada, Vance.

—Pruebe a decirme que no.

La expresión del detective era plácida, casi dulce.

Pero Mulligan debió notar en sus ojos, algo que le gustó aún menos que una firma falsificada en un talón del Federal Reserve Bank.

Volvió a temblarle el ombligo.

—Veré lo que puedo hacer —dijo.

—*Okay*. Le tendré informado.

—¿Cuándo?

—Para no meter la pata, necesito una cosa.

—¿Qué?

—El horario de sus chicas.

—No te preocupes —dijo la nena desde la puerta—. Mucho cuento, pero está acabado. Sólo puede con una al mes. Fíjate si te queda margen.

Y se apoyó en el marco para enseñarle todo lo que tenía. Al menos llevaba media botella entre pecho y espalda. Pero eso no influía en sus curvas, que estallaban.

—¿Cada cuánto puedes tú? —preguntó.

Vance sacó del bolsillo una calculadora, que hasta entonces sólo le había servido para sumar sus deudas.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Necesito saber en que día cayó el primer lunes de enero de 1975. Es una fecha histórica para mí. Porque, desde entonces, yo nada de nada. No he vuelto a repetir.

Y se largó de allí mientras de todos modos se hacía el macho tatareando el himno de infantería de Marina.

Glompos estaba en la puerta, en una de las lujosas residencias de Forman.

Miró a Forman.

Forman sostenía entre sus manos una copa de coñac, a la que parecía estar calentando para mejorar la calidad del licor, pero de la que no había bebido aún una gota. Con la mirada perdida, no se dio cuenta hasta bastante rato después de que estaba allí su hombre de confianza.

Glompos susurró:

—¿Se lo has explicado a Nora?

—Tenía que saberlo.

—¿Y cómo lo ha tomado?

—Es difícil saberlo. Ella conocía poco a Laura. Sólo la trató en un ambiente falso, cuando fuimos a Italia los dos hace un año. Pero tengo la sensación de que Nora no es mujer para recibir esos golpes y de que el mundo entero ha empezado a dar vueltas en torno suyo. Si pudiese, se marcharía.

—¿Y no sería eso lo mejor, Forman?

—Tal vez, pero he de hablarlo con Mulligan. Hay muchos intereses recíprocos detrás de esa boda. Lo único que no puedo hacer es dar la espantada y hacer pensar a todo el mundo que estoy perdiendo los nervios. Ahora la he protegido muy bien para que no le pase nada. De momento se quedará aquí, aunque esté aterrada por la muerte de Laura.

Glompos entrecerró los ojos. Dijo:

—Me acaba de telefonar Mulligan desde su casa de Jamaica Bay. No sé si sabes que Mulligan envió a un hombre para recibir a Nora, pero también otro para protegerla.

—No, no sabía nada. Bueno, quiero decir que no sabía nada del hombre encargado de protegerla, hasta que he hablado con Nora.

—Pues fue providencial. Le salvó la vida.

Forman permaneció impasible. Su rostro no se alteró. Apenas despegó los labios para decir:

—Lo sabía. Me lo ha contado Nora, ya te lo he dicho.

—¿Y qué piensas de eso?

—Una sola cosa: Custer.

—Lo mismo que yo —dijo Glompos—. También pienso que ha de ser él.

—¿Se ha enterado ya de la muerte de Hans?

—Bueno... No ha visto el cadáver, pero de la muerte ha tenido que enterarse. Su amiguita, la del club Crazy, abandonada en una calle de Nueva York. El coche medio reventado en una calleja de Bronx. Y Hans desaparecido. ¿Tú qué pensarías en el lugar de Custer?

Forman no se molestó en decir lo que pensaría. Sólo gruñó:

—Va a pensar cosas peores dentro de poco. ¿Qué has hecho con el cadáver de Hans?

—Lo he metido en la bañera, como tú me dijiste. Lleva allí un día pudriéndose. Tengo el cadáver húmedo para que se pudra mejor. ¿Pero qué demonios piensas hacer con él, Mike? ¿Por qué ese capricho? ¿Te lo vas a comer?

Mike Forman no contestó. Estaba pensando en otra cosa. Dijo con voz velada:

—Ahora le toca a otro. ¿Qué has podido averiguar de los demás? ¿Dónde están John y Clay?

—He movilizado a todos nuestros hombres para averiguar su paradero. Custer les ha dado a los dos orden de esconderse, pero no le han obedecido bien. Me ha dicho uno de nuestros chivatos que Clay está en una pensión de Queens Bulevar que tengo anotada. Se ve que Custer no ha pensado que nuestro sistema de información es mucho más perfecto que el suyo.

—Dame los datos de esa pensión —susurró Forman, mientras le brillaban los ojos—. Tenías que haber empezado por eso.

—Aquí los tienes, en esta hojita de papel. ¿Vas a pasársela a tu cuñado Vincenzo?

Mike cojeaba. De pronto necesitó apoyarse en una de las paredes para no caer. Lanzó una imprecación antes de gruñir:

—Claro que sí. Él hará el trabajo.

—Oye... He de confesarte una cosa, Mike. Cuando me hablaste de Vin, el siciliano de los bigotes, creí que era un facha, un inútil como tantos otros, un fantasma. Esa clase de tipos estaban bien en el Nueva York de los años 30 pero ahora ya no sirven, pensaba. Y reconozco que me equivoqué. El trabajo que hizo con Hans fue sencillamente increíble; lo único que no me gustó fue que liquidara también a la pobre chica que le esperaba en el coche.

—Si Vincenzo lo hizo, es que tenía que hacerlo —masculló Forman—. Volverás a oír hablar de él.

—Pero oye... ¿no necesita ayuda?

—Los sicilianos como Vincenzo siempre trabajan solos —barbotó Mike—. Lo único que hacen en grupo es una cosa.

—¿Qué?

—Fornicar.

Y Mike Forman salió de allí arrastrando la pierna. Su cara se había vuelto de color ceniza. Recorrió un largo pasillo hasta llegar a una puerta de caoba maciza que daba al cuarto de baño de los huéspedes, un cuarto de baño que ahora no utilizaba nadie. Entró en él y miró al fondo de la bañera.

En sus ojos hubo un brillo de deleite.

Y, sin embargo, nada más macabro que lo que lo se veía allí. Un cadáver que pronto empezaría a oler mal. Un cadáver con los ojos muy abiertos y una última expresión de horror causada por el abrazo de la serpiente.

Con voz opaca, el capo dijo:

—No vas a estar solo mucho tiempo, Hans. Mientras tanto envía mis saludos al infierno...

CAPÍTULO VII

EL MUERTO COME AL VIVO

EL coche, un modelo «Opel» de la General Motors poco llamativo, incluso viejo, pero con el motor repasado y capaz de alcanzar grandes velocidades, se detuvo en Queens Bulevar, en un espacio que quedaba libre debajo del paso elevado. Unos ojos quietos y espantosamente fijos se posaron en el edificio de dos plantas que estaba casi enfrente.

En esa parte de Nueva York, que nada tiene que ver con los rascacielos de Manhattan, abundan los edificios bajos y más bien tronados, donde hay modestas tiendas, talleres, pensiones y de vez en cuando algún baile de medio pelo. La casa que atraía la atención del recién llegado tenía en los bajos un bar con licencia para despachar bebidas alcohólicas, y en ese bar estaban bebiendo cinco tíos. Doble contra sencillo, a que al menos dos de ellos eran guardaespaldas encargados de proteger a Clay, el que había buscado refugio en la pensión por orden de Custer.

El hombre del «Opel» descendió y estuvo un rato parado junto al coche, mirando hacia el bar. A un tipo como él, acostumbrado a distinguir a los del «oficio», no le resulto difícil adivinar quiénes eran los matones colocados allí por Custer. Se dio cuenta de que se trataba de los dos situados más cerca de la puerta, que hablaban entre sí y tenían pinta de medio muertos de asco después de tantas horas de guardia.

Fue hacia allí.

Andaba tranquilamente, con la seguridad de un autómatas.

Empujó la puerta de cristales.

Ninguno de los dos hombres le miró.

Un cliente que entraba con aquella seguridad no tenía por qué ser sospechoso.

El dueño, que estaba detrás del pequeño mostrador, preguntó:

—¿Qué quieres...?

No hubo tiempo de decir nada más.

Dos gruesas gotas de sangre saltaron sobre la barra. El estilete había penetrado de tal modo en la nuca de uno de los dos hombres que éste cayó de bruces sin darse ni cuenta de lo que sucedía. El otro intentó volverse, aunque todo había sido tan rápido que le pareció una alucinación.

Y entonces se encontró con el cañón del revólver «Python», el cual tenía un corto silenciador acoplado. Pero no fue eso lo que le dejó inmovilizado de horror, a pesar de saber que allí estaba la muerte.

Fue la cara que tenía delante.

Aquellos ojos.

Aquella boca que parecía cortada en un pedazo de hielo.

—Tienes una sola oportunidad —dijo una voz suave y tensa—. Vas a llevarme adonde está Clay. O lo haces o te liquido aquí mismo.

El otro decidió no jugarse la piel aún.

Si seguía el juego tendría alguna oportunidad para salvarse. Mientras descendía de la banqueta murmuró:

—No... no habrá necesidad de que dispires.

—Entonces, andando. Lléveme a la pensión. Y si te equivocas de habitación o haces algo que no me guste, será el último error de tu vida.

Luego miró a los otros.

En el pequeño bar lleno de mugre reinaba un absoluto silencio.

Ni los tres clientes ni el dueño se atrevían a mover un dedo. El muerto, que parecía un borracho caído de bruces sobre la barra, mucho menos aún. El muerto se estaba portando lo que se dice como un buen chico.

—Tengo dos hombres fuera que están apuntando con metralletas a este local —dijo el recién venido con acento levemente italiano—. Desde la calle lo ven todo. Si alguien toca al muerto, si alguien sale, si alguien se acerca al teléfono, lo acribillarán todo y no dejarán de vosotros ni las uñas para que vuestras mujeres las metan en una cajita. En el caso de que entre un cliente, se le atiende con normalidad. —Miró al dueño—. Tú, limpia esas gotitas de sangre. Y procura por tu propio bien que este hijo de marrana siga pareciendo un borracho dormido.

Hizo una seña.

Salió con su prisionero.

El hombre del «Opel» sabía que estaba solo, pero los demás tenían todos los motivos para pensar lo contrario. La historia de los dos pájaros con metralletas apuntando desde fuera era de lo más convincente.

Nadie movió un dedo.

El silencio dentro del bar era tan espeso que hasta el gotear de uno de los grifos pareció un estruendo.

Entraron en la pensión.

Un vejete cuidaba de las llaves junto a la puerta. Se estaba poniendo rojo leyendo una revista porno que se titulaba ¿Para qué necesitan la boca las mujeres?

El guardaespaldas dijo:

—Un amigo.

Pasó delante hacia las escaleras, sintiendo la disimulada caricia del cañón en la espalda.

El pasillo oscuro, barato y ligeramente siniestro.

La voz de una mujer que grita detrás de una puerta:

—¡Esas porquerías se las haces a tu hermana, cabrito!

Gente fina la que vivía allí. Hay sitios que dan gusto.

Otra puerta al fondo.

El guardaespaldas no se la quiso jugar.

Pensó que era mejor seguirle la corriente al intruso un minuto más. No podría dominarles a los dos cuando él estuviese en la habitación con su amigo. Por eso empujó la puerta mientras decía:

—Tranquilo, Clay. Soy yo.

Y se pudo ver la habitación.

Clay en la cama.

Revistas de tías por todas partes.

Una música que suena.

Un disparo.

Pero el disparo apenas se oyó, porque el silenciador del “Python» funcionó perfectamente. La bala le entró al guardaespaldas por la nuca y le salió por la boca. El fiambre cayó sobre el aterrado Clay, que no había podido ni moverse de la cama.

La voz dijo entonces:

—Okay. Abajo.

Clay no se resistió.

Estaba tan asombrado por la cara que tenía delante que aquel momento se sentía incapaz hasta de respirar.

No podía creerlo.

Le pareció que aquello era una visión del otro mundo. Como un autómatas apartó el cadáver, se puso la americana y se dirigió a la puerta. No gritó ni hizo un movimiento en falso, porque eso hubiera precipitado su muerte. Sabía que en la calle iba a tener una oportunidad, porque en el bar de al lado quedaba otro guardaespaldas.

—Abajo —repitió la voz.

El portero seguía con la revista. Apenas les dirigió una ojeada.

El intruso dijo con voz tranquila:

—Volvemos dentro de un momento. El otro se ha quedado arriba.

Clay tenía la cara bañada en sudor.

La calle le pareció un túnel sin fondo. Por el amplísimo Queens Boulevard rugían los coches, pero por eso mismo nadie les prestaría

atención. Sólo le quedaba el recurso del bar ¡Lograr que le viese el otro que vigilaba!

Lo curioso fue que su enemigo no le impidió acercarse un poco a los cristales. No le impidió mirar al interior. Allí el tiempo parecía haberse detenido, porque los clientes y el dueño seguían sin moverse y el muerto seguía caído de bruces como un borracho. Pero Clay lo entendió muy bien. Se di cuenta de que un poco más allá, al otro lado de los cristales no había más que un fiambre.

—Andando. Tienes una oportunidad de vivir si te comportas como hasta ahora. Sigue hacia aquel «Opel».

Llegaron.

—Pasa atrás.

Era la última oportunidad de Clay. No podía esperar otra. En el momento de entrar en el coche, intentó dar una coz su enemigo, al que tenía a la espalda, confiando en derribarle y así poder saltar sobre él. Pero aquella maldita sombra parecía haber pensado en todo.

Disparó otra vez.

Clay se desplomó instantáneamente de bruces sobre el asiento trasero.

Su enemigo le metió con un rápido movimiento la pierna que quedaba, cerró y él se sentó en el puesto del conductor. Nadie se fijó en su gesto. Todo aquello le recordaba los tiempos de su juventud, cuando empezó a «trabajar» en Nueva York como asesino a sueldo. Entonces no fallaba ningún golpe y tampoco iba a fallar ahora.

Arrancó.

Clay, tumbado atrás, respiraba pausadamente.

No estaba muerto. El hombre que había disparado contra él sabía muy bien que en el tambor del «Python» se intercalaban una tras otra las balas con punta de mercurio, terriblemente mortíferas, y las balas anestésicas. Clay tenía dentro del cuerpo una bala anestésica, cuyos efectos durarían cerca de una hora. No necesitaba más.

El «Opel» rodó hacia arriba, dando un largo rodeo para despistar a cualquier perseguidor, dirigiéndose hacia el puente de Triboro. De ese modo entró en Manhattan, por el sector cercano a Harlem.

Daba gusto ver la ciudad a esa hora.

Resplandecía de luz.

Lástima que el hombre que iba detrás no pudiera echarle un vistazo para despedirse de ella.

* * *

Cuando Glompos volvió a la lujosa residencia después de rodear todo Manhattan para convencerse de que los hombres de Mike Forman

estaban en sus puestos, creyó oír una especie de sollozo en el cuarto de baño que había al final del pasillo, el cuarto de baño en el cual se encontraba el cadáver de Hans. Y como no es lógico que los muertos lloren, se acercó allí con una expresión de inquietud mientras dejaba descansar la derecha sobre la culata de su «Browming».

Vio dentro a Mike Forman.

Mike Forman estaba apoyado en la pared, quizá porque tenía miedo de que su pierna enferma fallase. Daba la sensación de que en aquel momento no podía avanzar un solo paso.

Pero el que tampoco pudo avanzar un solo paso fue Glompos.

Había visto muchos horrores desde que dirigía parte de la mafia de Nueva York. Sus manos estaban materialmente tintas en sangre. Era uno de esos hombres que no se impresionan ante nada.

Y sin embargo sintió ahora una especie de pinchazo dentro de los ojos. Miró la bañera y luego miró a Mike Forman. Éste susurró:

—Vincenzo no ha fallado. Me lo ha traído aquí. Vincenzo, nunca falla.

Glompos volvió a mirar hacia la bañera y balbució:

—Tardará varios días en morir. Su agonía será espantosa.

A pesar de la mordaza, Clay emitió de nuevo un sordo gemido parecido a un llanto.

Estaba sólidamente atado junto al cadáver de Hans. Los dos formaban en realidad un solo cuerpo.

Y Hans empezaba ya a descomponerse en serio. Olía mal. Su cuerpo se deshacía, ayudado por la humedad y por la alta temperatura del cuarto de baño.

Quizá dominado por un último sentimiento de humanidad, quizá deseando salvarle de aquella muerte espantosa, Glompos murmuró:

—El cadáver olerá espantosamente dentro de poco. No podrá vivirse en este lado de la casa.

—Clay no tiene que vivir. Tiene que morir.

—Me refiero a nosotros.

—Sellaré el pasillo. Dentro de tres o cuatro días entraremos con caretas antigás. O quizá ni eso nos haga falta. Una buena dosis de vitriolo sobre los cuerpos eliminará el olor y al propio tiempo los deshará. Los sacaremos de aquí en dos cajas metálicas para arrojar más tarde la carroña al Hudson.

Y ordenó a Glompos que saliera.

Pero Glompos no pudo ir demasiado lejos.

Se había puesto a vomitar como un maldito.

CAPÍTULO VIII

PAZ PARA LOS MUERTOS

EL coche, un «Corvette» que en tiempos había sido muy elegante pero que ahora estaba algo pasado de moda, se detuvo en la parte más oscura de los embarcaderos de Long Island. Era un rincón silencioso y casi poético donde sólo brillaban las luces de las barcas que estaban amarradas a la orilla y que servían de vivienda a artistas, a vagabundos, o a algún que otro forajido. En aquel ángulo las aguas sucias del Hudson rielaban oscuramente como si estuviesen cargadas de petróleo.

El hombre que conducía el «Corvette» se apeó y miró a un lado y otro. Era el chófer personal de Mike Forman, el tipo esmirriado que sin embargo había sido campeón mundial de tiro no mucho antes. Cuando llegó a la conclusión de que todo estaba tranquilo y silencioso, rodeó el coche y abrió la portezuela del otro lado.

—Baje, señorita Nora —invitó—. El señor Forman ha decidido que durante un par de días viva usted en una de esas embarcaciones, pero le juro que no va a faltarle nada. Mi mujer y yo cuidaremos de usted.

Nora descendió también del coche deportivo y aspiró el aire quieto y fresco de la noche. La sensación de soledad se le hizo angustiosa en aquel rincón desconocido y que parecía separado de la lógica del mundo.

—El señor Forman no quiere que le ocurra nada —dijo el italiano con un suave acento del Sur—. Durante un par de días ha de resolver muchas cosas y quiere que usted esté aislada de todo peligro. Aquí nadie le encontrará. Nadie sospecha que...

Y de pronto se estremeció hasta los huesos.

Apenas se había oído un suave FLAPP.

La bala, disparada con silenciador, le acababa de penetrar por la nuca.

Su cuerpo vaciló sobre el de Nora Forman.

Ésta no tuvo fuerzas ni para gritar. Vio la sangre que había saltado sobre la carrocería del coche. Vio también, como en una oscura pesadilla, a los tres hombres que se acercaban corriendo.

Los tres llevaban en sus manos pistolas provistas de largos tubos. Se detuvieron apenas a media docena de yardas. Apuntaron hacia el

centro de su cuerpo.

—¿Es la hija de Forman?

—Seguro...

—¡Pues al diablo con ella! ¡FUEGO!

Era una ejecución.

Los dedos se movieron.

¡BANG!

¡BANG!

¡BANG!

No fueron taponazos.

Los estampidos secos y cortantes rasgaron el aire.

Uno de los tres hombres salió despedido hacia atrás. Su cara se había convertido en una mancha roja.

El segundo hombre no tuvo tiempo ni de girarse.

El plomo le penetró por el corazón y le salió por la espalda. Se bamboleó de una forma casi grotesca, intentando apoyarse en el coche, en el que también dejó unas siniestras manchas rojas.

Mientras tanto, el tercero había entrevisto la sombra que estaba unas yardas más allá. Intentó mover la pistola con silenciador. Su cintura giró instantáneamente, pero la bala ya se le había metido en el cuerpo cuando él empezó a moverse. Dio un traspié, mientras le quemaban las entrañas, pero aún tuvo fuerzas para levantar el cañón de nuevo. Y entonces la sombra también se movió.

¡BANG!

El nuevo disparo fue de los que no perdona.

Le acabó de enviar contra el coche, con la cabeza atravesada.

Nora había sentido mientras tanto en la boca el sabor de la muerte. Le pareció que las balas penetraban en su propio cuerpo. Las rodillas se le doblaron.

Alguien la sostuvo entonces.

Era una mano que parecía de hierro.

Muy cerca brillaba el cañón de un «Magnum».

Y entre la niebla había surgido otra vez aquella cara tranquila y hermética. Aquellos ojos casi helados. Aquel cuerpo flexible y que siempre parecía estar moviéndose en un ring.

Nora apenas pudo susurrar:

—Tú.

Vance dijo:

—Pronto, vámonos de aquí. Hay poca vigilancia en este sector, pero los de la bofia no tardarán en llegar. Si mi coche arranca, estamos salvados. Si no, supongo que tendremos que echarnos al agua.

Ella señaló el «Corvette» con un movimiento indeciso.

—Ese es bueno, pero lo tienen fichado —gruñó Vance—. No llegaríamos con él ni a la entrada del puente.

Y corrieron los dos hacia un lugar donde las sombras eran más espesas todavía. En un parking cercano a las barcasas había un par de coches con parejas haciendo el amor, y que naturalmente no se habían enterado de nada. Vance se situó ante el volante del «Dodge» y consiguió arrancarlo a la tercera.

La muchacha echó la cabeza hacia atrás, en el respaldo del asiento, y cerró los ojos. Todo su cuerpo se había hundido. Estaba al borde del estallido de nervios, pero tuvo el mérito de saber contenerse. Incluso hizo un esfuerzo para aparentar naturalidad y ponerse un cigarrillo en los labios, pero no se acordó de encenderlo.

Luego preguntó con un hilo de voz:

—¿Por qué?

Hubiera preguntado miles de cosas, pero sólo era capaz de pronunciar dos palabras.

—Tu padre tiene problemas —dijo él sin mirarla, mientras conducía—. Quieren vengarse, y una buena venganza es entregarle tu cadáver metido en un ataúd de lujo.

Nora entrecerró los ojos.

—Más vale que hablemos claro ya de una vez, Vance —susurró—. Muy en contra de mi voluntad me estoy convirtiendo en una auténtica veterana. Y quiero saber lo que ocurre.

—Ocurren muchas cosas. No pretenderás que te las explique todas.

—Inténtalo.

—Entonces iré por orden.

—Primera pregunta: ¿a qué se dedica en realidad mi padre?

—Me parece que lo supones ya, Nora.

—Quizá no haga falta ser muy listo para comprender eso. Negocios relacionados con ciertas personas que de vez en cuando visitan Sicilia, ¿verdad?

Vance no contestó, pero su silencio era una afirmación. Ella se mordió los labios nerviosamente antes de continuar:

—A Laura la debió hacer asesinar alguno de sus enemigos...

—Sí.

—¿Quién?

—Es posible que hayas oído su nombre alguna vez. No recuerdo si yo mismo lo he pronunciado ante ti. El hombre que hizo acabar con tu hermana se llama Custer.

—¿Cuál fue la razón? ¿Se disputaban con Mike Forman alguna zona de influencia?

—Custer y tu padre siempre han tenido problemas, y algunos de

ellos muy graves, pero la verdad es que Forman jamás fue partidario de la guerra. Prefería los acuerdos pacíficos, aunque se daba cuenta de que eso le comía el terreno y le hacía perder grandes sumas de dinero en beneficio de Custer. Quizá es que se está haciendo viejo y ya no tiene el ansia de lucha que tuvo en su juventud. Ha influido mucho también su enfermedad, que le impide andar y moverse normalmente.

—Él no tiene la culpa de eso.

—Ciertamente, pero en determinados círculos de la «honorable sociedad», se le considera un hombre acabado por su excesivo apego a la paz. Laura había tenido serias disputas con él por ese motivo. Laura era partidaria de la guerra, para que sólo Mike Forman mandase en Nueva York. Se daba cuenta de que pasaba un río de oro por su lado y de que ese río de oro se deslizaba lentamente hacia las manos de Custer.

La muchacha se estremeció otra vez levemente.

—¿Laura conocía todas las actividades de Mike Forman? —susurró.

—Naturalmente. No olvides que ella era su hija, mientras que tú eres su ahijada. No olvides que tú vivías en Italia y en un ambiente completamente inmunizado, mientras que Laura vivía aquí. Todo eso de las luchas entre grupos por asegurarse el dominio de una zona, lo había mamado desde niña.

—¿Y ella quería violencia?

—He oído decir que sí.

—No..., no lo parecía.

—En Italia la conociste de visita —dijo sordamente Vance.

—Y ahora..., ahora la guerra está declarada, ¿verdad?

—Sí. Claro que está declarada. Cuando tu padre se enteró de la muerte de Laura, pudo averiguar también, aunque no sé exactamente cómo, quiénes habían sido los autores. Ha matado al menos a uno de ellos y supongo que tiene en remojo a los otros dos. Custer ha querido devolver golpe por golpe, y te ha puesto en la lista a ti. Con ello vulnera una de las normas más estrictas de la Mafia, que es ésta: los familiares son sagrados mientras no intervengan en el asunto. Por lo tanto estoy absolutamente seguro de que Forman no se lo perdonará. Y de que Custer no se detendrá ante nada tampoco.

Habían entrado ya en Manhattan. Todavía había mucho tráfico en la calle 42, por la cual avanzaban. La mayor parte de las tiendas estaban abiertas, entre un océano de luces. Y también, los cines anunciaban las últimas novedades, más o menos porno, más o menos cachondas de la temporada.

Ella musitó:

—¿Cómo sabían que yo iba a ir a aquella zona de Long Island?

—Porque los hombres de Custer no son tontos. Tu padre tiene chivatos en todas partes, pero ellos también. Hay orden de darte el bote y te lo darán donde menos lo esperes. Esta vez han estado bien a punto.

—Eso lo entiendo, Vance. ¿Pero por qué me seguías tú?

—Es mi deber. He de hacerlo.

—¿Te pagan por eso?

—Sí. Yo soy un detective de mierda. Si no me pagan, no como. Y si no como, no trabajo.

—¿Quién te paga?

—Eso poca importancia tiene.

—¿Mi padre?

—Digamos que no.

—¿Pues quién?

Vance se encogió de hombros.

—Te he dicho que poca importancia tiene —repitió.

—Sin embargo..., me has salvado la vida dos veces.

—Chiripa, puñetera chiripa.

—Has tenido que matar a muchos hombres por mi causa y supongo que la policía te está buscando por todo Nueva York. Has hundido tu carrera. Te retirarán la licencia.

—Eso sería malo si yo hubiese hecho carrera alguna vez. Morirme de hambre con licencia y morirme de hambre sin licencia... ¿qué importancia tiene?

—Claro que la tiene, Vance. Puedes ir a la cárcel por muchos años.

—No es tan seguro. El «Magnum» que empleo no está fichado en ninguna parte. Lo conseguí en Berlín Oeste cuando trabajaba para la CIA, y los técnicos en balística no tendrán jamás un punto de referencia para identificar el arma de la que han salido los plomos. Por otra parte, esta última escenita de ahora sólo la habéis visto los muertos y tú. Lo del aeropuerto lo vio mucha gente, pero es posible que no me hayan identificado aún. En estos momentos supongo que los testigos estarán dando palos de ciego y revolviendo montones de fichas en los archivos de la Metropolitana. Pero como yo no estoy en esas fichas, pueden tardar semanas en llegar a echarme el ojo.

Después de atravesar Manhattan, estaban saliendo por el Lincoln Tunnel para alcanzar el otro lado del Hudson, perdiéndose en el vecino Estado de New Jersey. Nora pareció entonces darse cuenta de que llevaban mucho tiempo rodando y preguntó:

—¿Adónde me llevas?

—Quizá al único sitio donde de momento no te buscarán. Durante veinticuatro horas puede servir.

—¿Qué sitio es éste?

—La casa de mi prometida.

—¿Tienes la llave? —preguntó ella, haciendo un mohín.

—Claro. Es lógico, ¿no?

—Puede ser lógico... en tu ambiente. ¿Pero no encontraremos a tu prometida allí? Y si te ve llegar conmigo, ¿qué dirá?

—No me verá llegar contigo. Es imposible.

—¿Por qué?

—Se largó a California con otro.

A Nora se le escapó la palabrota.

—Leches —dijo.

Se iba contagiando.

Vance sacó descuidadamente de uno de sus bolsillos un manojito de llaves pequeñas.

—Busca una que es negra —dijo—. Sepárala.

—¿Es la del apartamento?

—Sí.

—¿Y las otras?

—Son de otras prometidas —dijo Vance con toda la cara.

—¿También se han ido a California?

—No. Esas me esperan. Por eso no voy.

Nora volvió a decir:

—Leches.

—No lo repitas. Tu padre es un hombre muy bien educado, en el fondo. Si te oyese, tendría la sensación de que ha tirado el dinero con el colegio de monjas.

—Procuraré no decirlo delante suyo. Oye... supongo que ese apartamento tendrá al menos dos camas separadas. No vamos a dormir juntos, ¿verdad?

Vance no la miró.

—Formaría parte de mi trabajo —dijo.

—¿Qué?

—Alguien me encargó averiguar, si eres virgen.

Nora casi salta del coche.

—¿Quién? —barbotó.

—¿Lo eres o no lo eres?

—Las italianas no hacemos como las yanquis. Todas las italianas somos vírgenes, mientras no se demuestre lo contrario.

—Pues espero que demuestres lo contrario —se atrevió a decir Vance.

Y hubo de dar un golpe de volante para evitar estrellarse contra una farola.

Ella le había dado un guantazo.

El coche se caló.

Era lo menos que le podía pasar.

Porque Vance no tenía la mano puesta en el cambio de marchas precisamente. Pero la verdad es que tampoco había averiguado nada.

Nora no le había demostrado lo contrario.

CAPÍTULO IX

EL ÚLTIMO «VIAJE»

LOS tres hombres avanzaron por el pasillo del lujoso apartamento. Uno era Glompos, el otro era Mike Forman y el tercero era Niger, uno de los pistoleros de confianza.

Avanzar por aquel pasillo hubiera producido en otro momento un indudable placer estético. Hubiese producido incluso asombro, porque estaba lleno de objetos de arte y decorado según el gusto del profesional más caro de Nueva York. Pero ahora avanzar por aquel corredor daba la sensación de una auténtica pesadilla.

Era el olor.

El olor que se enroscaba en el aire, se pegaba a las paredes y parecía mancharlo todo.

Niger barbotó:

—Pero..., pero ¿cuánto tiempo llevan esos fiambres en la bañera?

—Uno de ellos cuatro días —contestó Forman—. El otro solo dos.

—Teníamos que haber entrado con careta...

—No hay para tanto. En muchos sitios se aguantan cosas peores. No tiene importancia.

Abrieron la puerta.

El espectáculo de la bañera era como para quitarle a uno el apetito durante seis meses.

Pero Forman ni siquiera se inmutó.

—Ese buitre de Clay ha tenido suerte —dijo solamente—Ha tardado apenas dos días en morir.

—Sí, pero... ¡qué dos días! —masculló Glompos. No se equivocaba demasiado. La cara de Clay reflejaba un sufrimiento espantoso.

Durante dos días interminables, inhumanos, dos días de infierno, no había podido ni respirar porque estaba respirando la muerte del otro. Seguro que Clay había estado deseando con todas sus fuerzas que el corazón se le paralizase, que llegase la hora de reventar. Y el corazón se le había paralizado. El deseo angustioso, obsesionante de morir puede producir la muerte por sí sólo. Es un veneno que uno se diluye en la sangre.

Forman susurró:

—Dos días... Poca cosa.

—Por la madonna, salgamos de aquí —dijo Niger en un italiano melifluo.

—¿Qué vas a hacer con las dos carroñas? —preguntó Glompos.

—Ante todo, abrir la ventana.

—Eso está hecho.

—Pensaba bañar los restos en ácido sulfúrico, meterlos en una caja de metal y hundirlos en el Hudson, pero lo he pensado mejor. Quiero que Custer se entere bien de lo que ha pasado. ¿Aún conserva aquel parking de su propiedad en la calle Cuarenta y Cuatro?

—Claro que lo conserva. Es uno de sus pequeños negocios. ¿Y qué?

—Muy sencillo. Meteremos las carroñas tal como están ahora, una atada a la otra. Basta con mirarlas para saber lo que ha ocurrido. Las meteremos en el portaequipajes de uno de mis coches, digo, y dejaremos el coche en el parking. Cuando por la noche el encargado note el olor, lo abrirá y avisará inmediatamente a Custer. Será un buen regalo de Navidad.

Se puso unos guantes y ayudó a sacar los restos de la bañera. Era un hombre familiarizado con la muerte y aquella siniestra tarea no le dio ningún asco. Niger trajo unas mantas y envolvieron los bultos en ellas. Dentro dejaron también los guantes.

Luego bajaron aquello por el ascensor hasta el garaje privado.

Mike tenía allí media docena de coches, desde un deportivo inglés a un jeep militar fabricado en Detroit. El más viejo de los coches era un enorme «Chrysler» por el que aún hubiesen dado un buen precio en el mercado, pero que el no usaba apenas. En el portaequipajes cabían aquellos dos fiambres y hubiesen cabido cuatro más. Los metieron y cerraron.

—Déjalo en el parking, Niger. Luego tiras el ticket.

—¿Y si me reconocen?

—¿Quién te va a reconocer? Además, dejando el coche allí no haces nada malo.

Niger hizo un gesto afirmativo.

Se sentó ante el volante del «Chrysler» y salió.

Aquella misma noche, las cosas marcharon tal y como había pronosticado Forman. El encargado nocturno del parking, cuando éste quedó casi vacío, recibió quejas de un cliente sobre el olor que se estaba notando en un determinado sitio. Tuvo que abrir el portamaletas, por poco se desmaya y avisó a su jefe.

El jefe avisó a Custer. Cuando éste llegó al parking, sabía perfectamente que los dos fiambres que le habían endosado pertenecían a Hans y Clay. Pero el espectáculo que vieron sus ojos hizo que hasta un hombre como él estuviese a punto de tambalearse.

—¿Quién ha traído el coche? —masculló.

—Un hombre alto, moreno, con los ojos claros y la nariz aguileña —susurró el encargado—. Yo estaba de servicio a esa hora. Me fijé en él porque fue el único

«Chrysler» de ese, modelo que entró. Es un modelo bastante antiguo, pero muy lujoso. Podría reconocer al pájaro si lo viera otra vez, estoy seguro.

Custer apretó los labios.

—Llevad el coche a cualquier descampado y le prendéis fuego —ordenó—. Y ahora llamad a Kuban.

Kuban era un excelente dibujante. Había trabajado para la policía haciendo retratos-robot. E hizo uno de ellos según las indicaciones que le dio el encargado del parking y las que le dio también el propio Custer, quien tenía una idea cada vez más clara de lo que había sucedido.

Quando el retrato-robot estuvo listo, el encargado barbotó:

—Seguro. Era ése... Se parece mucho.

—Se trata de Niger —barbotó Custer—. Me lo imaginaba. Trabajó para nosotros durante un tiempo y le conozco bien. Hay que engancharle esta misma noche.

—Bien, pero ¿dónde?

—Movilizando a algunos de los soplones que trabajan en la zona de Forman, nos lo podrán decir enseguida. Niger no es una pieza importante, es una mierda. Nos venderán su piel apenas abramos la boca.

En efecto, una hora después conocían el escondite de Níger. El pajarito estaba con una mulata en una casa del Bronx. Eran las once de la noche.

A las once y media, cuatro pandilleros bien armados habían dado con el nido.

A las once y treinta y cinco, la mulata estaba muerta. A las once y cuarenta y dos, a Niger no le quedaba ni un diente en la boca.

A las once cuarenta y cinco, lo sacaban a rastras. A las doce estaba en presencia de Custer.

Y Niger hubiese deseado, a las doce y cinco, estar en la tumba.

Pero no tuvo tanta suerte.

* * *

El propio Custer le metió el cañón de la «Baretta» en la boca. Uno de sus hombres le envió, en plan de aviso, una descarga eléctrica a los testículos. Níger no necesitaba ni la mitad de aquello para decir lo que sabía. Se arrugó.

—Sólo quiero saber quién lo ha hecho —murmuró Custer con voz silbante—. Forman va a reventar por todo esto, peo antes quiero enviarle la carroña del que ha hecho este trabajo. Necesito saber quién es.

—El propio Forman me... me lo dijo... Supongo que se le escapó... Aunque en el fondo parecía orgulloso de que todo el mundo lo supiera. Ni que tuviese a sus órdenes al asesino más invencible del mundo... Mencionó dos veces a su cuñado Vincenzo.

Custer miró a sus ayudantes.

—¿Lo conocéis? —gruñó.

Uno de ellos hizo un gesto de duda.

—La difunta mujer de Forman tenía un hermano —dijo—. Podría ser él.

El cañón de la pistola se movió entre las encías de Níger, que sangraban profusamente después de los terribles impactos en los dientes. Se oyó un murmullo de dolor, un dolor profundo y terrible que parecía ir subiendo desde el hígado y los riñones de la víctima.

—¿Te habló de dónde vive? Hala, dilo, cariño. ¿Te habló?

—Mencionó una casa de..., de Richmond... Dejarme... recordar... ¡Por Dios, quite esa pistola! ¡Déjame recordar! Sí..., eso es... Dorchester Street, 180, en Richmond... Parece que es un sitio independiente y aislado... Vincenzo siempre tiene mujeres en su compañía... Le gusta vivir allí.

Custer susurró:

—Perfecto... Vas a venir. Y reza a tu madre por el camino. No te va a reconocer si nos engañas.

Añadió:

—Que venga John.

De los tres hombres mencionados en la cinta magnetofónica, John era el único que aún estaba vivo. Y ardería en deseos de vengar a sus amigos. Ardería en deseos de hacer salsa de tomate con lo que había entre las piernas de Vincenzo.

—Claro que voy —dijo el pistolero con voz opaca—. Arreando.

Y salieron en dos coches.

Eran ocho.

Iban armados hasta los dientes.

Sabían que no podían fallar.

Hubo alguno que incluso habló de pagar por anticipado la esquila.

CAPÍTULO X

...Y EN POLVO TE CONVERTIRÁS

LOS dos coches rodaron en la calma de la noche hacia el distrito de Richmond, dejando atrás la zona ya casi desierta de Manhattan.

En el vehículo delantero iban tres pistoleros de la más alta categoría y el propio Custer. En el otro iban John, dos pistoleros más y el prisionero Niger, que había de orientares hasta el último minuto y pagaría con sus propios huesos el menor síntoma de falsedad.

En la zona de Richmond, una de las más apacibles de Nueva York, si en Nueva York hay algún sitio de verdad apacible, abundan las casas con jardín, con porche blanco y con macizos de flores que tratan de conservar el recuerdo de la naturaleza perdida. Hay árboles copudos, calles solitarias y, sobre todo, por las noches hay silencio. En uno de los parajes más tranquilos, más apacibles de Richmond se detuvieron los dos coches.

Custer susurró:

—Aquí.

La casa, en efecto, estaba aislada.

—Cuatro por delante y cuatro por detrás. Las armas preparadas, pero recordad bien esto: a ser posible lo quiero vivo.

Se acercaron como sombras. Ni una hoja se movía a su paso. Las luces lejanas hacían que no se vislumbrara ni un vestigio de sus cuerpos.

En la casa brillaban sólo dos pantallas, una en la planta alta y otra en la planta baja. Las puertas estaban cerradas por dentro, pero no eran de seguridad. Para aquellos hombres dispuestos a todo, resultó un juego abrirlas.

Custer fue el primero en entrar.

Y su lengua produjo un chasquido.

Arriba sonaba un piano lánguidamente.

El cabrón tocaba.

¿O quizá era una de sus chicas?

De todos, modos no se había dado cuenta de nada, si estaba tecleando. Buen asunto. También la casa daba sensación de orden y paz, como si allí viviera un hombre solo, rico y de buen gusto.

Los otros cuatro entraron por la puerta posterior.

Niger estaba aterrado.

No se atrevía ni a respirar.

Sabía que Forman le haría pedazos por haber denunciado a su cuñado Vincenzo, pero entre una muerte lejana y una muerte próxima había tenido que elegir la muerte lejana. El lento sonido del piano indicaba que el otro estaba desprevenido arriba. No quería ni pensar en lo que ocurriría un par de horas después, cuando lo hubiesen cazado vivo.

Todos miraron en torno suyo.

Miraron los muebles solemnes y serios, un poco oscuros al gusto de un hombre rico y tradicional de Sicilia. Y retratos por todas partes.

Siempre el retrato del mismo hombre: mirada dura y altiva, solemnes bigotes, ropas de pana y a veces la escopeta de caza entre las manos. El perfecto retrato del mafioso que ni en Nueva York ha querido olvidar su tierra.

Custer apenas farfulló:

—Imaginaba que tenía una pinta así. Arriba. Hala, a moverse de una vez.

Él mismo subió por las escaleras, llevando por delante la pistola ya montada. Los otros, a excepción de Niger, empuñaban metralletas. En fracciones de segundo podían trazar delante suyo una cortina de plomo.

Pero no había peligro.

El piano seguía sonando.

Vincenzo no se daba cuenta de nada.

Llegaron arriba.

Seguían apuntando y tenían los dedos en los gatillos. No se fiaban. Pero una vez en el piso superior se dieron cuenta de que no había peligro.

Puertas abiertas.

Muebles y cuadros. Ni una presencia humana. Y la música que sigue, la música persistente como una obsesión.

—Esa habitación —dijo apenas Custer.

Y todos se movieron a la vez.

Fue un salto colectivo e instantáneo.

—¡Adentro!

Todos con sus armas a punto quedaron atónitos en el centro de la sala. Con ojos obsesionados miraron el equipo de la-fi, del cual brotaba la delicada música de piano. Todo aquello no era más que una grabación. Allí no había nadie.

Custer barbotó:

—Pero...

Y no tuvo tiempo de decir más.

Ni él ni sus hombres.

Nadie.

Sólo hablo la muerte.

La casa estaba minada con dinamita hasta sus cimientos. Pero ellos no llegaron a enterarse.

Ni siquiera oyeron el espantoso ruido.

No se dieron cuenta de que se convertían en polvo, tal como a la mayoría de ellos les habían enseñado en las ceremonias del Miércoles de Ceniza.

Toda la casa voló por los aires.

Saltaron convertidos en pedazos.

Músculos. Sangre... Hasta sus pelos quedaron pegados a los cascotes de las paredes. En las caras hubo una última, una instantánea expresión de horror. Y eso fue todo. Después de la terrible explosión, el polvo se empezó a depositar sobre los muertos.

Aunque podría decirse que los muertos se depositaron sobre sí mismos.

Porque ellos también eran polvo.

Un polvo espeso y rojo.

* * *

Mike Forman encendió un cigarrillo.

Desde la ventanilla de su coche, un soberbio «Mercedes 600», situado en una pequeña elevación y en el cruce de dos calles, acababa de ver el terrible estallido de la casa. Acababa de ver los cascotes volando por los aires y no le había resultado nada difícil adivinar los restos humanos que también saltaban en todas direcciones. Pero lo único que esa produjo en su rostro fue una suave sonrisa de satisfacción.

Mientras inhalaba el humo, susurró:

—Perfecto...

El hombre que estaba en el asiento posterior, junto a un guardaespaldas, plegó sobre una cajita metálica una especie de antena.

—Estos mecanismos de explosión a distancia no me fallan nunca —dijo aquel hombre—. Los tengo muy ensayados.

—Esta vez ha sido perfecto —elogió Forman—. Una maravilla.

—Lástima de casa. Era bonita.

Glompos, que conducía el soberbio coche, hizo una mueca.

—No es prudente que nos quedemos aquí —dijo.

—Es verdad. La policía y los bomberos llegarán enseguida. Y los de la bofia darán una batida.

—Por eso. Cuanto antes nos larguemos, mejor.

—Arranca.

El «Mercedes» se deslizó por la calle solitaria en dirección a la orilla situada enfrente de Manhattan. Se distinguían las luces de los rascacielos como misterios de luz surgidos del fondo de la noche. Un barco pasaba por la bahía, hacia el puente Varrazzano. De pronto todo aquello daba una fantástica sensación de paz.

Forman volvió a repetir:

—Bien...

Y Glompos volvió a hacer una mueca.

—A mí no me lo parece tanto —susurró.

—¿Por qué?

—Vincenzo te había sido muy útil.

—Y te sabe mal que lo haya liquidado, ¿verdad?

—No es por mí. Yo sólo lo había visto en retrato. Pero un hombre tan valioso no debiera morir, y tú te lo has cargado con los otros. Lo has convertido en polvo como a los demás. Creo que has fallado, Mike, aunque Custer y su banda hayan sido liquidados. Has matado a tu mejor colaborador.

Mike Forman le miraba de soslayo.

Y con una expresión levemente despectiva dijo:

—Idiota.

—¿Idiota por qué? ¿He dicho algo que no esté bien?

—Claro que has dicho algo que no está bien. ¿Es que no te has dado cuenta? — Y añadió exhalando otra bocanada de humo—: Vincenzo no existe...

CAPÍTULO XI

LA SUAVE VOZ DE LOS MUERTOS

GLOMPOS tuvo tal crispación en sus manos que por poco pierde el control del volante. Por fortuna el «Mercedes 600» es un coche que se conduce solo. Enfilaron hacia Manhattan mientras Glompos tragaba saliva, sin saber qué responder.

Fue Forman el que rompió otra vez aquel silencio tenso. Pero antes hizo algo que también produjo una crispación de asombro en los dedos de Glompos.

La pierna tullida, la pierna castigada por la artrosis y que apenas podía mover, se alzó tan ágilmente como la de un futbolista. Mike Forman la movió a la perfección, plegándola y uniendo la rodilla a su mandíbula. Glompos sintió como por un momento, la sangre dejara de circular por sus venas.

—Pero ¿esto qué es? —farfulló.

—Sencillamente, que todo lo que ha hecho Vincenzo, lo he hecho yo. Puede decirse que Vincenzo soy yo mismo. Lo que te mostré fue el retrato de un siciliano artista de cine. En la casa que ha volado, no había vivido nunca Vincenzo, porque Vincenzo no existe. La compré y amueblé ayer mismo porque sabía lo que iba a ocurrir. Sabía que reconocerían a Niger.

—¿Y...?

—Y que le buscarían.

—¿Y...?

—Y que él, que era un hombre de poco aguante, acabaría soltando esa dirección. Yo mismo se la había dado.

A Glompos, que tanto se había americanizado, le pareció de pronto que estaba en Sicilia otra vez. Balbució:

—Per la Madonna...

—Lo de la artrosis y esa especie de ruina física de la que todos os habéis dado cuenta fueron invenciones mías —siguió diciendo tranquilamente Forman, mientras miraba los rascacielos de Manhattan—. De un hombre acabado nadie hace caso, y en cambio ese hombre «acabado» es el que suele matar. Inventarme a Vincenzo era el segundo paso, porque así mis amigos —fuese Custer o fuesen otros— no se preocuparon personalmente de mí. Lo que harían sería volverse locos buscando a Vincenzo... y lo encontrarían donde yo quisiese.

Justo en el sitio donde tendrían preparada la trampa mortal.

Dejó en el cenicero los restos del cigarrillo, conectó la radio y cerró los ojos mientras el lujoso recinto del coche se llenaba con las notas de piano de una aburrida composición de Corner. Pero a Mike Forman aquella monotonía de las notas siempre repetidas le sentaba bien. Cuando entraban en Manhattan, susurró:

—Laura ya ha sido vengada. Todos los que la ultrajaron se han bebido su propia muerte.

Y sonrió.

Había momentos en que Mike Forman incluso parecía un buen hombre.

* * *

—Voy a llevarte junto a tu padre —decidió Vance mientras ponía en marcha, o al menos trataba de poner en marcha el viejo «Dodge»—. Me temo que mi apartamento esté ya localizado y en él corras más peligro que en ningún otro sitio. Que sea Mike Forman el que diga a qué sitio puedo llevarte. No puedo correr yo sólo con esa responsabilidad.

—Sobre todo cuando no es mi padre el que te ha contratado, ¿verdad? —musitó Nora mientras apoyaba con precaución la cabeza en el respaldo, no fuera que el respaldo acabase rompiéndose.

—Cierto, no es tu padre el que me ha contratado. Pero ¿eso qué importa?

—Claro que importa. ¿Quién puede tener interés en saber si soy o no soy una buena chica? ¿Quién puede tener interés en conocer mi conducta? ¿A quién le importa si soy virgen o dejo de serlo?

—Yo diré de todos modos que lo eres —susurró Vance, esquivando la parte más importante de la cuestión. Pero ella insinuó:

—¿No sería más lógico que lo comprobaras antes?

Vance tuvo que frenar.

Por poco se estrella contra una farola con el viejo «Dodge».

Cuando estaban parados en una zona oscura, ella musitó:

—¿Se inclinan estos asientos?

—Pues..., pues claro, nena...

—Pues entonces a hacer las averiguaciones que te han encargado. Hala, a trabajar. A ver si sales de dudas.

Y ella misma movió la ruedecilla lateral para echar hacia atrás el respaldo del asiento.

Vance estaba decidido.

Fue a «hacer averiguaciones».

¡Cualquiera se perdía aquello!

Y de pronto...

¡Crack!

Todo el respaldo del asiento se fue al diablo. La muchacha quedó doblada hacia abajo, con sus preciosas piernas al aire.

Por poco se rompe la espalda.

Vance gimió:

—¡Este coche es la hostia!

—Más vale que sigas —dijo la chica con acento desencantado—. A ver si en vez de romperme el virgo me vas a romper la crisma...

El viejo «Dodge» arrancó con un petardo que despertó a los vecinos.

Al menos para eso sí que servía.

* * *

El lujoso «Mercedes 600» penetró en el parking privado de otra de las residencias de Mike Forman, uno de sus escondites de Manhattan del que sólo unas pocas personas estaban al corriente. Había creído mejor pasar allí la noche, hasta que las cosas empezaran a aclararse. Pero antes de tomar el ascensor, hizo una seña a Glompos.

—Nos hemos librado de un mal enemigo —dijo—. Muerto Custer, su organización va a deshacerse en un momento. A partir de ahora empieza nuestra gran época.

—A pesar de que Laura esté muerta... habría que celebrarlo, Forman. Las venganzas siempre se han celebrado en nuestra Tierra.

—Eso es lo que pensaba decirte, Glompos. Iba a decirte también que la caridad obliga a beber a la salud de los muertos.

—Somos demasiado buenos tú y yo, Mike. Hay momentos en que me echaría a llorar.

—No te preocupes. Los muertos nos lo agradecerán.

Mike Forman hizo una seña al hombre que llevaba el aparato de radio con el que se podían explosionar las cargas a distancia. Luego miró a Glompos con una sonrisa que era casi nostálgica.

—Claro que hay que celebrarlo —dijo—. Sal con Joe y mirad si está abierto el establecimiento de *Schiaffino*. Es el único que tiene auténtica *grappa* italiana hecha en los caseríos, no ese horrible aguardiente industrial que venden ahora en las tiendas como si fuese un producto honrado de verdad. Traed un par de botellas. Vamos a celebrar una auténtica noche de difuntos, eso os lo juro.

Y salieron los dos, mientras él se dirigía al ascensor. Sabía que podía estar seguro en aquella casa. Era pequeña y confortable, fácil de defender. Lo mismo en la escalera que en el ascensor había un par de trampas que sólo él conocía y que podían ser usadas en caso

necesario. Trampas mortales y secretas, que estaban al acecho.

El que en estos momentos era uno de los hombres más poderosos de Manhattan llegó a la segunda planta, donde estaba su habitación. Encendió una pantalla y se proyectó sobre los lujosos muebles una luz irisada. Más allá estaba la penumbra, una penumbra dulce a la que trataron de habituarse los ojos del hombre.

Forman avanzó tranquilo.

Nunca se había sentido tan seguro de sí mismo.

Estaba en su ambiente.

Y entonces oyó sonar el piano.

Eran unas notas suaves y un poco lánguidas, unas notas fáciles de alumno que acaba de empezar.

Forman entrecerró los párpados.

Aquel piano...

Y justamente allí... En unas habitaciones que hubiesen debido estar vacías... Pero ¿qué le pasaba? ¿Estaba soñando? ¿Qué sentido tenía aquello? ¿La casa se había convertido de pronto en un imperio de las brujas?

Pero no pudo seguir pensando. De pronto la sangre se le había helado en las sienes. Anduvo maquinalmente hacia la puerta mientras las sombras se hacían más espesas en torno suyo. Mientras las notas del piano llenaban todo y se enroscaban en el aire.

Mike Forman abrió la puerta. Ni siquiera pensó en empuñar un arma. Sus ojos acerados recorrieron la penumbra Y entonces la vio.

La preciosa muchacha que tocaba el piano, de espaldas él.

Ella no se volvió.

Pero no hacía falta.

El frío de las sienes de Forman le había pasado a la columna vertebral. En ese momento era incapaz de moverse. Toda la habitación, en cambio, pareció dar una vuelta en torno suyo.

Y el hombre más poderoso de Manhattan dijo con un soplo de voz que no parecía haber brotado de su garganta; Laura...

* * *

Ella se volvió ahora.

Y entonces Mike Forman pudo ver perfectamente sus ojos. Su boca entreabierta en una sonrisa burlona.

Su piel fina y tersa.

Las manos que habían dejado de tocar el piano. Las manos de... ¡la muerta!

Mike Forman sintió que todo daba otra vez una silenciosa vuelta en torno suyo.

Acostumbrado a todo, esta vez se encontraba sin embargo con algo superior a él.

Tuvo que cerrar los ojos un momento cuando vio a Laura ponerse en pie.

No lo creía.

Pero la voz tranquila y lenta de la muchacha atravesó las sombras.

—Hola, papá.

—Laura...

—¿Sorprendido?

Él no supo qué contestar. Seguía pensando que todo aquello era una alucinación y por eso no corría a abrazarla. Además captaba un destello helado, espectral en los ojos de su hija. Algo le decía que ya no era la misma, como si su viaje al reino de los muertos hubiese dejado en su interior una huella venenosa.

—Todo esto lo hice porque era necesario —suspiró ella—. Porque las cosas tenían que cambiar de una vez.

—¿Qué es lo que tenía que cambiar?

—Tu pasividad. Tu debilidad ante Custer y los otros. Te estaban comiendo el terreno y no hacías nada para evitarlo. Podías convertirte en el rey de Nueva York o dejar que Custer te aplastase poco a poco. Habías perdido la agresividad y ya no servías para jefe. Una persona con más vigor y con más espíritu de lucha debía ocupar tu puesto, y por eso tomé una decisión: esa persona sería yo.

Y Laura avanzó un paso más. A Forman le seguían zumbando terriblemente las sienes. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para abrir la boca.

—Pero entonces ¿todo fue una trampa? —balbuceó—.

¿Aquellos tres hombres de Custer no te ultrajaron? ¿Nada de aquello sucedió realmente?

—Claro que no sucedió. Yo quería la guerra y conseguí la guerra poniendo en juego la única cosa que podía hacerte perder los estribos. Para ello utilicé un truco que en el fondo era muy sencillo, y para el que me bastaron tres locutores de radio a los que contraté diciendo que estábamos haciendo el doblaje de una película. Yo conocía los nombres de tres tipos de la confianza de Custer, y esos nombres fueron los que usé para los «personajes hablados». Los tres locutores leyeron ante la cinta el guión que yo les di, luego yo grabé aparte mis gritos y mis palabras (porque mi voz sí que la conocías) y más tarde un mezclador me grabó una cinta nueva con todos esos elementos puestos en orden. Resultó una escena perfecta que dejé preparada en mi coche, de forma que la encontrasen tus hombres, a los que previamente yo había dado alguna pista para que no tardaran

demasiado en hallar el coche. En cuanto a las cenizas, si que son las de una chica a la que yo atraje hasta allí. Liquidarla fue tan fácil que hasta me sentí aburrida, te lo juro. Y con eso conseguí que te movieras y que liquidaras a los hombres de Custer. Ahora Nueva York es nuestro. Mejor dicho: Nueva York es mío. Tú no tienes imaginación ni empuje para seguir llevando esto. Tu reinado ha concluido, Mike Forman. La nueva reina soy yo.

Y en sus labios apareció una sonrisa turbia. Era una sonrisa espesa y desconocida que a Forman le parecía ver por primera vez. Con una voz algo trémula, una voz que no parecía la suya, barbotó:

—Yo soy un hombre de la vieja escuela, Laura. Mato cuando hay que matar, pero considero que es mejor la paz entre las grandes «familias» que gobiernan Manhattan. En cambio, tú... Tú eres diferente.

—Yo represento a la juventud, a los que quieren llegar arriba de verdad. Tú siempre te conformarás con las migajas. Tú estás acabado.

—Pero aunque sea verdad lo que crees, dudo que lo hayas pensado tú sola,

Laura. Alguien te ha cambiado. Tú te has puesto de acuerdo con alguien para dominar a vuestra manera un imperio que os parece que ya no sé dirigir. Tú te has enamorado de alguien y entre los dos habéis maquinado un diabólico complot para quitarme de en medio. Pero ¿quién, quién es ese «alguien»? ¿Con quién te has puesto de acuerdo? ¿Quién te ha ayudado en esto?

La risita sardónica sonó por primera vez en los labios de la muchacha.

Pero en cambio sí que contestó la voz de alguien que estaba detrás de Mike Forman. Fue una voz lenta, metálica que le hizo volverse poco a poco.

—Estás acabado, Mike. Confieso que con tu invención de Vincenzo y con tu última forma de actuar me has dado una sorpresa, pero de todos modos estás acabado. Un tío que sólo se mueve cuando violan y matan a su hija, no sirve ya para gran cosa. Laura y yo llegamos a esa conclusión hace mucho tiempo.

A Mike Forman se le abrió cómicamente la boca mientras la garganta se le crispaba.

—Glompos... —farfulló.

Glompos dijo con voz opaca:

—El otro está buscando la *grappa* en el otro lado de Nueva York. Tardará en volver. Yo, en cambio, he regresado porque conviene que sepas la verdad, Mike. Tu hija y yo vamos a ser los nuevos dueños de la «familia». Sé que tienes en tu caja fuerte un documento según el cual Laura es tu heredera, y si Laura muere lo soy yo.

Perfectamente de acuerdo... Vamos a serlo los dos a la vez. Tú puedes irte a las Bahamas o a donde te apetezca, Mike. No te va a faltar para comer. Pero en Manhattan ya no eres nadie, ¿entiendes? En Manhattan nada de nada... Nada de nada.

Mike Forman había palidecido.

Pero no era de los que luchan contra lo inevitable. Quizá fuera cierto eso de que estaba acabado. El sabía que contra su propia hija no podía luchar, y por lo tanto había perdido la partida. Con una sonrisa de indiferencia, susurró:

—De acuerdo... Quizá mi época ha terminado. No creo que os vaya mejor a vosotros, pero tenéis una oportunidad. Brindo por tu mala suerte, Laura. Porque al final te pagará con la misma moneda.

No había rencor en su voz.

Pero había amargura, una amargura profunda.

Tomó una botella de whisky y fue a servirse un vaso. Lo alzó a la altura de sus ojos. Y fue entonces cuando aquello estalló, cuando el cristal se hizo mil pedazos, cuando el licor dorado saltó siniestramente al aire, mezclado con la sangre.

Mike Forman apenas tuvo tiempo de decir:

—¡Glompos! ¡No!

Era ya tarde. La bala le penetró entre las cejas. Mike Forman cayó derrumbado mientras Laura, pálida como una muerta, estaba también a punto de caer a causa del asombro mientras barbotaba:

—Esto no era lo convenido. Eras un... un...

—Un hombre que sabe que está en tercer lugar en la lista de sucesión de Forman —dijo Glompos con voz helada—. Un hombre que puede atribuir todo esto a los restos de la banda de Custer. Y un hombre a quien sólo una persona molesta ahora.

Laura lo comprendió.

Su cara se desencajó en una mueca de horror. Los ojos se le salieron de las órbitas.

Apenas pudo suplicar, con un rugido de fiera acorralada:

—¡Nooooo!

¡BANG!

El disparo sonó tan seco y cortante como el que había liquidado a Forman.

¡BANG!

El primer plomo le había alcanzado en el cuello. El segundo le dio de lleno en el corazón. Con la boca muy abierta, tragando angustiosamente aire en los últimos espasmos de la agonía, Laura se derrumbó poco a poco. Glompos fue a guardar el arma con una risita suave y lenta.

Y en aquel momento sonó el grito de la mujer.

El grito espantoso, lacerante, al otro lado del pasillo.

Glompos se volvió con la rapidez del rayo.

El arma brilló en su derecha.

Y pudo distinguir a Nora, que se había llevado las manos a la cara y vacilaba sobre sus altos tacones, a punto de caer. Pudo distinguir su cuerpo de diosa, su piel de seda, sus ojos desencajados por el horror de la muerte.

Y Glompos comprendió que había olvidado el último obstáculo en su carrera hacia la cima. El imaginaba a aquella chica con Mulligan. No había pensado que llegase a ser un estorbo, pero si lo era..., ¡peor para ella!

Movió instantáneamente el cañón.

¡BANG!

Glompos dio un paso hacia atrás.

Sus tres ojos se volvieron de color escarlata.

Tres ojos. Porque la bala del «Magnum» le había abierto entre los dos un orificio siniestro.

¡BANG!

El segundo plomo le hizo girar sobre sí mismo, con la muerte ya dibujada en la piel. Porque el terrible impacto del proyectil de grueso calibre le había destrozado la garganta.

Chocó contra la pared.

Volcó una mesa.

Y cayó crispado junto al cadáver de Mike Forman, mientras se unía en el suelo la sangre de los dos.

Vance sopló con indiferencia en el cañón del «Magnum» y musitó:

—Menos mal que tu padre te había dado la dirección de este sitio por si lo necesitabas. De lo contrario hubiese quedado impune lo de este cerdo... ¿Y en lo que queda de este mundo —señaló los cadáveres— vas a vivir tú?

No esperó el comentario de la chica, que seguía llorando quietamente junto a una de las paredes. Descolgó el teléfono, marcó un número y habló como una ametralladora:

—¿Mulligan? Siento darle un disgusto, amigo. Su novia no es lo que parecía. He averiguado que ejerció la prostitución con los marinos de la Navy en las calles de Nápoles. A usted, que es tan honrado no le conviene, amigo. Me conviene a mí, que soy basura... ¿Mis honorarios...? Son cinco mil dólares. Mañana le pasaré la factura. ¿Qué cómo he comprobado de verdad que no es virgen? Imagínelo.

Y colgó.

Sacando a la muchacha de allí, susurró:

—Vámonos de aquí, Nora. No nos queda apenas tiempo, ¿sabes? Primero he de hablar con la policía. Y luego..., ¡luego he de

«averiguar» una gran cantidad de cosas...!

FIN